



EL BARCO
DE VAPOR

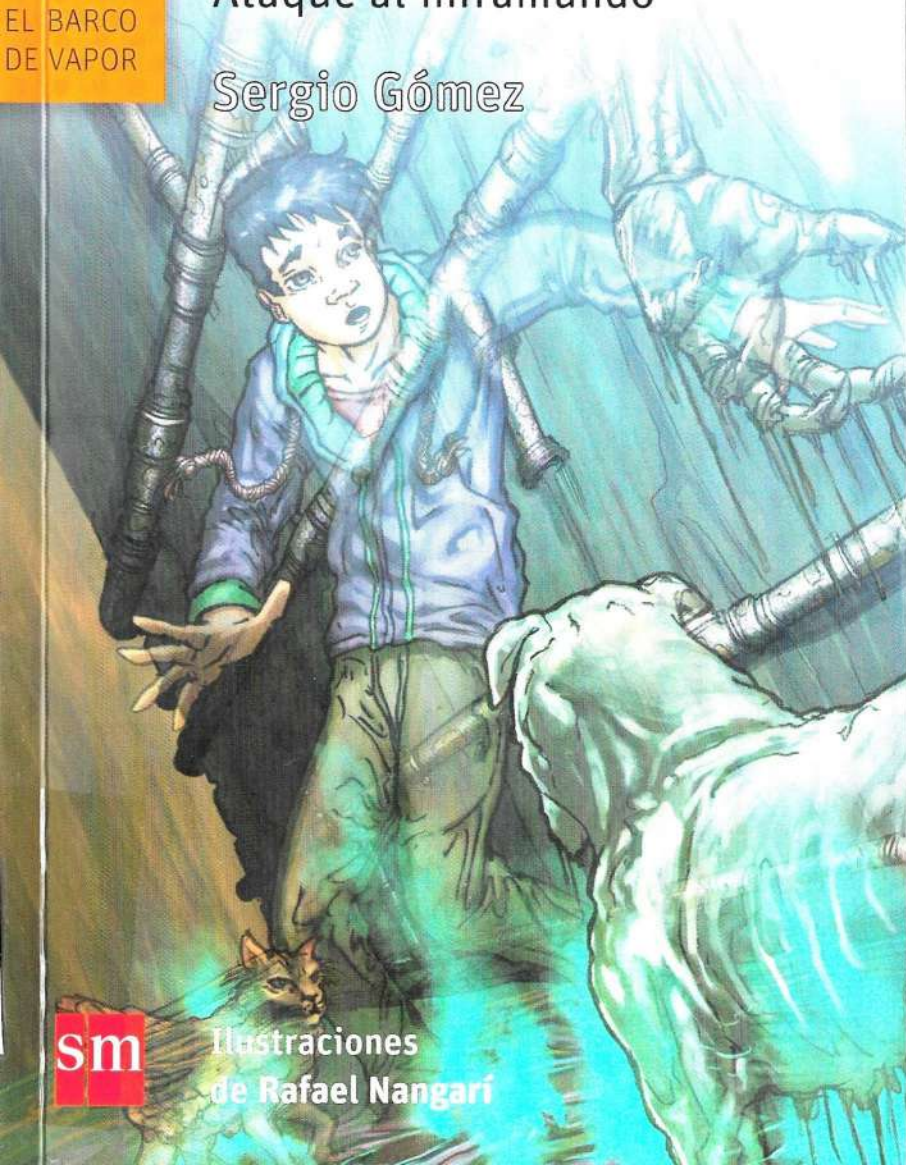
Eugenio Praz, el fantasma

Ataque al inframundo

Sergio Gómez

sm

Ilustraciones
de Rafael Nangari



El 1 de noviembre, Día de los Muertos, escuché un ruido muy fuerte en el primer piso de la casa mientras miraba *Maratón de muertos III* en la televisión, una de mis películas de terror favoritas. Bajé y olí en seguida el laftaleno, el olor que dejan los espíritus. Vadagaspov estaba en el suelo, estirado como un muerto. Vadagaspov es un espíritu viejo, tan viejo que dicen que en vida fue el médico de Nefertiti, una reina egipcia que aparece ahora como marca de un perfume para señoras. Hacía treinta años que no lo veía, desde que me escapé de una bodega de salmones en Chiloé, donde tenía su academia de estudio.

Cuando se recuperó de la caída, se sentó en un sillón y dijo:

—Te he buscado por todas partes, Eugenio Praz.

No voy a mentir, mi nombre es Eugenio Praz. O lo era cuando todavía estaba vivo, hace ciento cuarenta y cinco años, un tiempo breve en términos de espíritus, tinieblas, muerte y esos asuntos.

Vadagaspov estaba furioso; me dijo que era un desconsiderado, que siempre me había ayudado e intercedido por mí en el CAEN (Consejo Ampliado de Espíritus Nacionales) y que, por lo demás, estaba pensando en "quitarme del lado", una forma delicada de decir que quieren mandarte a QEPD, derecho a la tumba, a descansar en paz, definitivamente. El viejo Vadagaspov llevaba una sábana que lo cubría de la cabeza a los pies, una moda que nadie se atrevería a vestir a principios del siglo XXI; pero no era el momento para hacer de asesor de imagen. Levantando sus huesudas y tiritonas manos, dijo:

—Tienes pocas oportunidades de salir de esto, Eugenio Praz. No te van a dejar tranquilo; eres un pésimo ejemplo para tu generación. He venido a advertirte que tienes el plazo de un año para que regularices tu situación; o sea, para que obtengas tu diploma —debajo de la sábana hizo aparecer una carpeta—. Te dejo el Formulario 307. No tengo nada más que agregar, así que me voy a Surinam, donde tengo un asunto de magia negra que atender.

Flotó en el aire y su cuerpo se transformó en un rayo de luz delgado que atravesó velozmente la pared. No alcancé a prevenirle que tras esa pared se levanta la muralla de mi vecino, un árbitro de fútbol que deseaba una vida apacible. Escuché un fuerte golpe en el patio y luego la voz quejosa del viejo Vadagaspov.

En mis manos tenía el Formulario 307, algo así como la Prueba de Selección Universitaria de los espíritus. Es decir, significaba trabajo. Para no traumatizarme, subí al segundo piso, a mi dormitorio, donde recién comenzaba en la televisión un nuevo capítulo de *La abuela vampiro*, otro de mis programas favoritos. Entonces me olvidé de Vadagaspov, del CAEN, del formulario; me olvidé hasta de que era un espíritu de trece años, la edad de la mala suerte.

Al día siguiente me fui a leer el Formulario 307 al patio lleno de malezas, basuras y trastos viejos que nadie había limpiado desde hacía muchos años. El día estaba lindo. Mi vecino, el señor Neumman, regaba sus plantas. Lo saludé, pero, por supuesto, no me respondió porque soy invisible a los vivos. Hice un nudo a la manguera y esperé hasta que el agua le reventó en la cara. Neumman es de los árbitros profesionales; lo sé porque todos los días lunes la muralla de su casa amanece pintada con insultos. Él es una buena persona, y además de regar sus plantas todas las mañanas, colecciona los recortes de *El Mercurio*, donde lo critican por su actuación en el estadio. A él las críticas negativas no le importan, incluso parece disfrutarlas. A la señora Neumman, en cambio, la he escuchado gritar exigiéndole que busque un nuevo empleo.

Repasé el Formulario 307 tirado al sol, pero entendí muy poco de lo que leí. En la penúltima página encontré cuadros vacíos, como un álbum para coleccionar. La última página estaba llena de avisos comerciales: pintura látex para ser visible, sábanas con hoyos para asustar en Jalogüín, un radar para atravesar paredes sin problemas; todo ese tipo de cosas que a uno lo transforman en un consumista.

El tiempo corría y no tenía idea qué era lo que debía hacer para lograr el diploma y no pasar a QEPD. Para relajarme y pensar, decidí volver a mi dormitorio a ver televisión. No hay mejor forma de meditar que frente a una pantalla encendida. Entonces encontré, entre los avisos clasificados del formulario, algo que me interesó: "Madame Ludmira, mentalista, tarotista, conjuros, contactos con encarnados, relaciones con el Inframundo. Precios baratos". Abajo aparecía una dirección de Estación Central.

Caminé por Pedro de Valdivia hasta subir a una micro vacía. Bajé al metro en Providencia y me dejé llevar por el tren subterráneo hasta Estación Central. Me gusta viajar en el metro de Santiago con la cabeza afuera de los carros; por supuesto, no es aconsejable para los que no son espíritus.

La oficina de Madame Ludmira estaba en calle Exposición, cerca de las tiendas de ropa usada, en un segundo piso oscuro y húmedo.

En la puerta, un letrero aclaraba: "Madame Ludmira/Mentalista Internacional". No toqué el timbre. Me adelgacé como una flecha y pasé por debajo de la puerta. Madame Ludmira estaba frente a un escritorio sacando cuentas con una calculadora. Me di cuenta de un problema: no llevaba mi traje de látex con el que soy parcialmente visible a los vivos. Comencé a dar vueltas por la oficina buscando una solución. Cerca de la puerta, sentada en su escritorio, había una secretaria que masticaba chicle y contestaba el teléfono. Cuando pasé otra vez por delante, Madame Ludmira dejó de teclear su calculadora y susurró sin mirarme:

—Ustedes los espíritus dejan pasado a laftaleno.

Quedé con la boca abierta. Le pregunté bajito:

—¿Puede verme?

—¿Leíste el cartel en la puerta? —me respondió con los lentes bien abajo en la nariz—. Tengo buenos contactos con el más allá, es decir, donde te encuentras tú ahora. No puedo verte, pero presiento dónde estás.

—Mire, señora Ludmira, yo...

—Madame Ludmira.

—Madame. Tengo un problema. Resulta que me acaban de entregar el Formulario 307 y...

—No me digas más. Eres un espíritu adolescente. Apuesto a que estás amenazado de quedar... ¿Cómo dicen ustedes?

—QEPD.

—Déjame decirte que no eres el primero que viene por lo mismo a mi consulta.

Mientras conversábamos, la secretaria no se enteraba de nada y hablaba por teléfono con su novio, a quien llamaba Ñoñito.

—Mi nombre es Eugenio Praz. Estoy desesperado, no entiendo nada de ese formulario.

Madame Ludmira era gorda y al hablar parecía cansarse. Arriba de los labios se le formaban gotitas de sudor que daban un poco de asco.

—Déjame pensar. —Dobló su silla hacia un computador, tecleó algo y en seguida leyó—: "307, sobre aniquilamientos de gustos". —Se golpeó con un dedo la nariz—. Fea la cosa. Es el trabajo más complicado de todos.

—¿Gustos? —dije asustado—. ¿No se puede cambiar o pedir una reconsideración?

—Claro que no. Esos formularios los dicta el CAEN y son inapelables. Los gustos son los espíritus descarriados del mundo de los encarnados. Es decir, lo peor de lo peor.

—En otras palabras, con el 307 te han nombrado cazador de gustos —terminó la mentalista.

Quedé más pálido de lo que era. En ciento cuarenta y cinco años no había sentido que me tiritaran las piernas. Los gustos son criaturas que habitan el Inframundo y atormentan a los vivos y a los muertos; nadie los controla y son enemigos de los espíritus. Tartamudeando, le pregunté a Madame Ludmira:

—¿Está segura?

—¿Ves al final del formulario los espacios en blanco? Tienes que llenarlos con los gustos aniquilados.

Eran los cuadros vacíos de la penúltima página que confundí con un álbum para coleccionar.

—Pero yo soy un simple espíritu, puedo atravesar paredes y flotar en el aire, pero nada más.

Madame Ludmira movió la cabeza y suspiró:

—Cada vez salen más miedosos. No hay como los de antes, daba gusto trabajar con ellos.

—Pero, señora, dígame...

—Madame.

—¿Qué tengo que hacer entonces?

—Primero, debes conseguirte una pistola de hielo, es la única forma de destruir a esas criaturas.

—¿Una pistola? Pero no sé usarlas. No me gustan las armas. Soy un pacifista. ¿Dónde se compra una?

—No puedo saberlo todo. —Anotó algo en un papel—. Lo mejor es que vayas a esta dirección: es la casa de un viejo militar muerto; le dices que vas de parte mía.

Le pagué a la mentalista y nos despedimos.

La casa del coronel no estaba lejos, frente a la Quinta Normal. Era una casa antigua y deshabitada. Entré por una de las paredes más delgadas. No todas las paredes las pueden atravesar los espíritus; hay algunas muy gruesas y uno se puede quedar atrapado. Existen casos de espíritus que han permanecido cuatrocientos años atorados en una pared antes de que los rescaten. El método para atravesar paredes es convertirse en rayo de luz, pero requiere de mucho entrenamiento.

Al coronel lo encontré flotando cerca del techo. Se alegró de tener con quien conversar. Sus piernas eran de metal, le faltaba un ojo y en su lugar llevaba un parche pirata. Le pregunté:

—¿En qué guerra se hizo todo eso, coronel?

—En ninguna, me atropelló un tren cerca de San Bernardo.

Le expliqué mi problema. El coronel abrió el único de sus ojos y se alegró. Dijo que le quedaban dos de esas pistolas.

Recorrimos la casa y bajamos a un sótano. El coronel buscó en un armario y sacó dos pistolas cubiertas de polvo. A mí me parecieron iguales a las de las películas de vaqueros. Eran muy pesadas. Advirtió que la única forma de que sirvieran era cargándolas con hielo, es decir, necesitaban al menos dos horas en un congelador. No nos quedó otra solución que atravesar hasta una casa del barrio y dejar las pistolas en uno de ellos, al lado de unas chuletas de chanco.

Mientras tanto, el coronel no paró de hablar sobre sus hazañas durante la Primera Guerra Mundial, donde había participado en una trinchera francesa, y luego en la Segunda Guerra, donde sirvió en un submarino a pesar de padecer de claustrofobia.

Cuando oscureció, retiramos las pistolas de la casa del vecino. Entonces, el coronel me detuvo, y mientras una de sus piernas chirriaba, dijo:

—Con una condición te las presto.

—¿Cuál?

—Que ahora mismo nos vayamos juntos a cazar gustos; hace como cincuenta años que no atrapo uno.

En *La uña asesina*, una película de terror, un cazador de vampiros dispara estacas de madera con una bazuca. Parece fácil. Una pistola de hielo, en cambio, es bastante más complicada: pesa una enormidad y está semicongelada. Al menos, el frío de la pistola que llevaba en uno de mis bolsillos era mi justificación si el coronel se daba cuenta de que me tiritaban los dientes de miedo.

Entramos al cementerio pasadas las doce de la noche. La luna no aparecía por ninguna parte; la oscuridad era total y tenebrosa. El coronel caminaba alegre, con sus piernas postizas que reclamaban como carritos de supermercado mal aceitados. Yo miraba asustado por entre las tumbas por si aparecía un godo, pero solo un gato negro saltó de pronto sobre el techo del mau-soleo del Cuerpo de Bomberos. El coronel, que apenas veía con su único ojo, confundió al gato y le disparó. El ruido que produjo fue como el de un viento frío. Por supuesto, el disparo de hielo fue a dar a diez metros del gato, a una lápida donde decía: "A mi fiel marido que murió cantando". El gato ni se inmutó y siguió bostezando arriba del techo. Preferí entonces mantenerme alejado del alcance del coronel.

Llegamos ante una tumba. El coronel se detuvo y leyó la lápida.

—“Demetrio Suárez (1895-1960)”. Este es.

—¿Este es quién? —pregunté vigilando hacia todas las direcciones. El coronel miró con su único ojo hacia arriba, al cielo negro.

—A los jóvenes de hoy les falta más compromiso. Deberían ponerse la camiseta con el Inframundo. —Indicó otra vez la tumba—. Este señor, una vez muerto, se convirtió en gosto.

—¿Y cómo lo sabe, coronel?

—No hay remedio. —Levantó los dos brazos pidiendo piedad—. Porque lo leí en el boletín, por eso.

Los gustos aparecen en un boletín, como en un boletín de deudores morosos, elaborado por el CAEN y publicado en formato de diario. Los tienen a todos identificados, como en una guía de teléfonos.

Regresamos con el coronel por avenida La Paz. Demetrio Suárez, en vida, fue el dueño del Hotel Alcalá; allí envenenó a varios de sus clientes. El hotel todavía existía cerca del cementerio, por calle Independencia. Era un edificio viejo. El primer piso tenía estrechos locales comerciales de ventas de pollos asados, juegos electrónicos y cafés atendidos por mujeres en bikini. Subimos al segundo piso. La recepcionista era una señora que dormía sobre el mostrador. Seguimos por un pasillo largo. Entonces sentimos nítidamente el olor a laftaleno de los espíritus. Levanté la pistola, pero pesaba mu-

chísimo. Le dije, cobardemente, al coronel:

—Tal vez sería mejor que viniéramos de día.

El coronel me hizo callar y seguimos caminando lentamente por el pasillo. Detrás de alguna de esas paredes había un gosto, eso era seguro. Pero solo escuchábamos el chirriar de las piernas del coronel y el de mis dientes. El coronel susurró:

—Pared a las trescientas.

Como no entendí sus términos militares, terminó por indicarme con el dedo una pared donde nos hundimos. Al otro lado encontramos un dormitorio donde un hombre gordo dormía con los pies destapados. Sus ronquidos eran potentes, pero el final del susurro terminaba en un sonido parecido al de un canario resfriado. Me dieron ganas de hacerle una broma tapándole la nariz, pero antes el coronel movió la cabeza adivinando mis intenciones. Estábamos allí por un asunto más importante. Atravesamos la siguiente pared. Lo único que quería en ese momento era volver a mi casa a ver *El loco de la motosierra* en la televisión, pero el coronel insistía en que estábamos cerca de un gosto. La siguiente habitación olía fuertemente a laftaleno. Alguien dormía en la cama. El coronel me ordenó revisar debajo de los cobertores. Me negué moviendo la cabeza aterrorizado.

—Es una orden, soldado —dijo.

Me acerqué y levanté las frazadas. Debajo solo encontramos, acomodados, varios almohadones. Era una trampa. No tuvimos tiempo de

nada. Por las paredes, detrás nuestro, aparecieron dos perros-gosto ladrándonos furiosos.

—Son perros-caballo —gritó el coronel.

Volaron sobre nosotros, chocaron con la pared de enfrente y nos olfatearon. El coronel y yo caímos al suelo. Un líquido pegajoso se deslizaba por el cuerpo de ambos perros. Sus patas traseras eran de caballo. Uno de ellos estiró el hocico cerca de mis brazos y vomitó algo oscuro. El coronel, desde el suelo, disparó su pistola de hielo, pero no los alcanzó y solo rompió los vidrios de la ventana.

—No te pueden ver, los perros-caballo son ciegos —gritó el coronel mientras uno de los gustos atrapó una de sus piernas metálicas. La mordió con furia sin lograr desprenderle la prótesis. El coronel no le dio importancia. Acercó la pistola a la cabeza y le disparó. Yo estaba paralizado. No sabía qué hacer. El otro perro-caballo se movía por toda la habitación; flotaba o se estrellaba contra las paredes tratando de olerlos para encontrarnos. Una mancha del líquido pegajoso cayó en mis pantalones; lo sacudí en seguida porque podía inmovilizarme. Levanté mi pistola de hielo, pero con los nervios no pude fijar la puntería. El coronel trataba de quitarse los restos del otro gusto despedazado por su disparo. Cerré los ojos y apreté el gatillo. La bala de hielo le dio en el lomo al perro-caballo, que se vino al suelo pesadamente y se deritió como un helado al sol. El líquido pegajoso quemó parte del piso de madera antes de desaparecer.



El coronel sonrió y me hizo un saludo militar. Nos pusimos de pie creyendo que todo había terminado. Pero en ese momento escuchamos una risa macabra arriba de nuestras cabezas. Risa de película de terror, como en *La venganza de los muertos de la risa*. Era una carcajada que producía escalofríos. No alcanzamos a hacer nada, nos pilló desprevenidos. Desde el techo cayó una ráfaga de luz opaca y sin forma. Golpeó al coronel, obligándolo a soltar su pistola. La ráfaga adquirió la forma de una mano gigante que levantó la pistola de hielo del suelo y disparó contra el coronel. En seguida, la luz desapareció por el techo. El coronel cayó herido al lado de la cama. Su único ojo pestañeó aceleradamente. Me acerqué desesperado a ayudarlo. Él movió la cabeza y dijo:

—No hay caso.

—¿Qué fue lo que nos atacó, coronel?

—Traté de acomodarlo en la cama.

—Ese era Demetrio Suárez convertido en gusto. Todavía tienes mucho que aprender, Praz.

—Se va a poner bien, mi coronel, no se preocupe —le mentí porque no se veía nada de bien.

—Tienes que estudiar el boletín si quieres ser un buen cazador de gustos.

No dijo nada más y se desvaneció como todos los espíritus que pasan a QEPD. Quedé sobre la cama, con los brazos doblados, mientras desde la habitación del lado alguien gritó: "Terminen el escándalo, aquí estamos tratando de dormir".

Volví a mi casa y me acosté temblando de frío y de miedo. Solo abrí un ojo para ver *Las hilachas del muerto*, un clásico que, a pesar de mi estado depresivo, no pude dejar pasar. Por primera vez en ciento cuarenta y cinco años me sentí solo y desesperado. Antes de irme a la cama, dejé las pistolas de hielo en el refrigerador en caso de que algo ocurriera. Yo no era un cazador de gustos; jamás cumpliría la cuota que me pedía el Consejo Ampliado de Espíritus Nacionales y, por lo tanto, pasaría a peor vida, es decir, a QEPD. De tanto pensar en una solución, me dormí.

Al día siguiente me sentí mejor, con más ánimo. Caminé por Pedro de Valdivia hasta unas cuadras antes del Estadio Nacional. En una casa con un patio lleno de árboles vivía Blanquita Soler, mi única amiga no muerta. Aburridos, una noche con otros espíritus nos dedicamos a aterrorizar a los niños del barrio. Movíamos sus camas o les levantábamos las sábanas. Los escuchábamos gritar de susto; eso nos hacía reír como locos. Esa noche entré

a la casa de Blanquita y todo fue distinto. Su abuela, sorda y medio ciega, dormía en el primer piso. Subí, conteniendo la risa, al segundo piso. Blanquita estaba en la cama leyendo una revista. Levanté una silla cerca de la cama para que creyera que flotaba en el aire. Cuando Blanquita la vio, quedó inmóvil, pero no gritó; en cambio, se sentó con los brazos cruzados sin decir nada. Entonces saqué un vestido del clóset. Ella observó en silencio cómo flotaba en el aire. Comencé a impacientarme; nunca antes me había pasado algo así. Por último, eché aire por la boca lo que produjo un efecto de zumbido tenebroso. Pero nada, hasta que preguntó:

—¿Vas a seguir levantando la silla, mis vestidos y haciendo zumbidos con la boca? Mira, no tengo toda la noche para ver algo tan ridículo. Mañana voy al colegio y tengo que dormir.

Me dieron ganas de salir corriendo de allí.

—¿Me puedes ver? —le pregunté.

—Algo pálido, pero te veo —dijo ella.

—Pero tú estás viva.

—No me digas.

No tuve más remedio que confesarle que era un espíritu adolescente que estaba en medio de una noche de parranda; es decir, haciendo bromas. Reconocí que eso era bastante inmaduro, más aún con ciento cuarenta y cinco años encima, pero me permitía mantenerme en forma.

A Blanquita, después de que muriera su madre y desapareciera su padre, su abuela la llevó a vivir con ella a esa casa. Desde muy pequeña hacía cosas que otros niños no podían. Por ejemplo, presentía cosas, pero prefería no hablar con nadie de sus poderes porque quería seguir viviendo tranquila.

Desde esa noche nos hicimos amigos y cada vez que tenía un problema, acudía a ella.

Por eso estaba esa mañana en su casa. Me esperaba en el jardín lleno de árboles. La abuela a su lado tomaba mate con leche y cedrón.

—Sentí el olor a laftaleno y me imaginé que eras tú —dijo Blanquita.

—¿Podemos hablar en privado?

—No te preocupes, la abuelita está muy sorda y a esta hora le gusta tomar sol y mate, así que yo la acompaño.

—Tengo un problema serio.

Le conté todo lo que había ocurrido, incluida la salida con el coronel, los gustos que matamos, el malvado de Demetrio Suárez y el Formulario 307, del cual dependía mi existencia. Blanquita era más inteligente que yo y se puso a pensar en una solución. Me hizo algunas preguntas y al final dijo:

—Antes de morir, el coronel te aconsejó que estudiaras el boletín. ¿Qué es eso del boletín?

—No tengo ningún maletín —respondió la abuela creyendo que le hablaban a ella.

—Los boletines son los diarios de los espíritus. A mí me interesa la televisión, así que no tengo idea dónde conseguirlos.

—Estamos mal entonces —dijo Blanquita.

—No quiero ser un cazador de gustos, es peligroso; me aterra pensar en tener que enfrentarme a uno otra vez.

Blanquita me apuntó con un dedo, mientras con la otra mano cargaba el mate de la abuela con agua caliente.

—Escúchame bien, Eugenio Praz, si quieres seguir siendo mi amigo, primero tienes que asumir tu realidad. Y, lo más importante, esforzarte por lograr salir adelante como espíritu. Si mantienes esa actitud derrotista, nunca conseguirás nada.

Quedé impresionado. La abuela a su lado dijo:

—Es cierto, está linda y tibiona la mañana.

Blanquita entró a la casa a buscar en la guía de teléfonos el número de Madame Ludmira, la mentalista de Estación Central. Marcó y habló con ella. Le explicó que necesitábamos conocer el boletín. Madame Ludmira, al otro lado de la línea y repitió lo que yo había escuchado antes: "Espíritus adolescentes, no saben nada de nada".

Fuimos con Blanquita a avenida Grecia y compramos el diario en un quiosco. Según la mentalista, el boletín venía en los diarios re-

gulares, pero solo lo podían ver los muertos. En la segunda página del diario observé cómo las letras se apartaban y en el centro de la hoja aparecieron otras diferentes. Leí: "Boletín del día". Se entregaban algunas noticias generales de espíritus famosos del mundo, como "Lady D" y John Lennon, con información sobre un recital de este último en las catacumbas romanas para los próximos días. En otra página estaban los asuntos locales. También existían secciones de ayuda, espíritus solitarios que querían conocer a otros espíritus, cartas al director y un puzzle. La sección más importante era la crónica roja; allí aparecía destacada la noticia de los gustos muertos en el Hotel Alcalá. Se señalaba que en una batalla reñida algunos gustos habían sido eliminados, refiriéndose a los dos perros-caballo que aniquilamos con el coronel. La crónica le rendía un homenaje al coronel, quien había pasado a QEPD. Recordaba sus hazañas en sus dos vidas y agradecía su aporte a la lucha contra los gustos del mundo. A continuación, aparecían otras noticias de ataques y, al final, en la última página, la lista de gustos de la que había hablado el coronel. El primero de los más peligrosos de la ciudad era Demetrio Suárez. Al leer su nombre me comenzó a temblar la mandíbula. Para que Blanquita no se diera cuenta, le dije que andaba con frío ese día. Ella

miró hacia el cielo, vio el sol del mediodía que picaba con fuerza y movió la cabeza, tal como lo hacía Madame Ludmira.

De acuerdo al boletín, Blanquita anotó los distintos lugares donde se produjeron los ataques de gustos las noches pasadas. Tres de ellos coincidían en un sector de no más de dos cuadras a la redonda. No quedaba lejos. Nos fuimos caminando y conversando de películas de terror que a Blanquita también le gustaban. Sus preferidas eran las de vampiros con mordidas en el cuello. Las consideraba románticas.

Llegamos a la calle Irarrázaval. Recorrimos las dos cuadras que habíamos apuntado buscando edificios o casas abandonadas, los lugares preferidos de los espíritus. Pero solo encontramos un cine en ruinas. Volvimos a repasar la lista de los gustos más buscados hasta que dimos con el nombre de Rosendo Kauffmann. Blanquita hizo un ruido con los dedos y dijo:

—Lo tenemos, es él.

Kauffmann era un viejito alemán que vivía tranquilamente en el barrio. Fue el dueño de ese antiguo cine, pero sus últimos años, jubilado, prefirió arrendarlo mientras él se dedicaba a cultivar tomates en el balcón de su casa. Se había casado y tenía hijos, pero su mujer había muerto y sus hijos lo olvidaron rápidamente. Una mañana despertó trastornado.

Entró al cine que alguna vez le perteneció y le clavó la palita que usaba para excavar los tomates que cultivaba en maceteros a dos señoras que veían la película *La laguna azul*. El viejito Kauffmann regresó tranquilamente a su departamento, se preparó una sopa de arvejas con dos cucharadas de arsénico que lo mandaron a la otra vida. Todo coincidía entonces. Kauffmann había vuelto a atacar, pero convertido en gusto. Lo más probable era que su base de operaciones estuviera en ese antiguo cine de barrio. Nos miramos. Ella dijo:

—Mejor será que traigas las pistolas de hie-lo porque esta noche tenemos algo que hacer.

Yo quise explicarle que prefería un viaje largo y sin regreso a Sri Lanka, aunque no tuviera idea dónde quedaba, pero me parecía suficientemente lejos para esconderme. De pie, en medio de la vereda, escuchamos el ruido que producían mis dientes al chocar entre sí.

—Está realmente frío el día —dije para disimular.

Era un lindo día de verano en Santiago, con treinta grados de calor.

Esperamos que el congelador enfriara las dos pistolas. Blanquita se negó a cargarlas porque pesaban mucho; ella se interesaba en la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, pero no iba a cargar esos pedazos de fierro congelado. Terminé arrastrando las dos pistolas, que pesaban demasiado. Esperamos sentados en la plaza Armenia en Irarrázaval. Para entretenernos, mirábamos a los vendedores ambulantes que huían perseguidos por los carabineros y luego regresaban como un juego sin fin. Blanquita aprovechó de leerme toda la información que consiguió en la red sobre Demetrio Suárez y el viejo Kauffmann. Los gustos eran muertos que volvían a molestar a los vivos, pero también a los espíritus de los muertos; su principal propósito era dominar el Inframundo, el mundo de abajo; es decir, mi mundo. Aunque, la verdad, el título de Inframundo es un poco exagerado. Cuando acabamos el recuento, Blanquita Soler prefirió seguir contando vendedores, agotados y sudorosos, atrapados por los carabineros, en medio del calor de la tarde.

Por fin oscureció. Blanquita decidió que era hora de salir a cazar, pero yo permanecí pegado en la banca donde estaba sentado. Me acordé de que en la televisión comenzaba, a esa misma hora, *Gato muerto VII*, una saga sobre un gato que tenía siete muertes muy violentas. Blanquita no se conmovió y nos fuimos caminando hasta un viejo cine que había pertenecido a Kauffmann.

Cuando llegamos, las pistolas empezaban a derretirse; habíamos esperado demasiado tiempo bajo el sol y Blanquita no quiso saber de excusas. Me adelgacé convertido en rayo de luz y entré al cine por la pared. Abrí una puerta lateral por donde pasó ella. La oscuridad era completa. Caminamos por el hall; antiguamente había una alfombra felpuda que olía a animal muerto. Iba a abrir la boca para dar alguna sugerencia cobarde, pero ella, como un relámpago, dijo en voz baja:

—No quiero saber nada, Eugenio.

Llegamos hasta la galería y nos sentamos a esperar.

Una hora después, Blanquita me despertó. Sentí que algo mojado bajaba por mis piernas y me avergoncé sin motivo; entonces entendí que eran las dos pistolas de hielo, que de hielo les quedaba muy poco. Era inútil advertirle esto a Blanquita porque en ese momento sentimos el olor dulce y asqueroso de laftaleno

volatizado en el aire. De una pared del teatro emergió una luz azul fina. Nos escondimos debajo de los asientos. Luego, otra luz amarilla atravesó la pared, y así otras de distinto color. En seguida escuchamos risas y aplausos. Cuando volvimos a mirar las butacas, casi toda la platea estaba cubierta de espíritus; la mayoría, señoras muy viejas, con trajes antiguos, que hablaban sin parar, echándose aire con sus abanicos. Con Blanquita nos miramos sin entender nada. De pronto, las cortinas del escenario se abrieron con un ruido que molestaba en los dientes y una luz se encendió. Todos los espíritus del público aplaudieron y se sentaron encantados a ver el espectáculo. Entró una orquesta de músicos vestidos de frac; a cada uno le faltaba un brazo, el derecho o el izquierdo. Uno de los músicos hizo una reverencia y los presentó: "La orquesta de los músicos mancos". Se sentaron muy juntos y comenzó el concierto. Se ayudaban unos a otros con los instrumentos. Tocaban en parejas la guitarra o el contrabajo. Uno sostenía el violín y otro raspaba con el arco. La música era excelente y el público aplaudió con ganas. Luego presentaron a un equilibrista y después a un payaso con zapatos exageradamente grandes, la cara pintada y el pelo color violeta. En sus manos llevaba un pato-chancho que, cuando lo apretaba, gritaba como un claxon

de automóvil antiguo, lo que hacía reír a todos. La broma era cruel para el pobre animal que movía su cabeza de pato en su cuerpo de chanco rollizo, con la cola emplumada y enroscada. Blanquita saltó de su asiento como un resorte y corrió a la escalera. La seguí sin entender qué ocurría. Bajamos. Pasamos el *hall* de acceso cubierto de muebles en desuso y viejos carteles de anuncios del cine que olían a humedad. Llegamos a la platea. Blanquita me indicó el escenario, al payaso y a su pato-chanco con cara de cansancio después de soportar que le apretaran la panza. Yo seguía sin entender. Entonces me dijo bajito:

—Los zapatos del payaso.

Volví a mirar. Los zapatos eran grandes, como se supone que deben ser, pero dejaban una estela barrota sobre el escenario. Necesité otros diez segundos más para darme cuenta. Solo los gustos dejan esas huellas, como si se derretieran. Con la impresión me apreté demasiado a la pared y la mitad de mi cuerpo quedó atrapada en el concreto. Blanquita me susurró:

—Las pistolas, las pistolas.

Pero yo no me podía mover. Me acordé del coronel en el Hotel Alcalá, de los perros-caballo cruzando las paredes y de Demetrio Suárez. No alcancé a nada más. Blanquita Soler me arrebató una de las pistolas y la levantó a pocos metros del escenario. Del público, una señora espíritu muy gorda lanzó un grito que

alertó a todos. El payaso fue el primer sorprendido. Observó a Blanquita que lo apuntaba con la pistola de hielo. Se quitó el disfraz y debajo apareció la cara de Rosendo Kauffmann con mirada de loco. Estiró su brazo hacia el público y una luz, igual a la que había visto en el Hotel Alcalá esa noche, salió directo hasta golpear el pecho de un espíritu que, despreocupado, fumaba un puro. El espíritu cayó hacia atrás y un remolino en miniatura le desarmó el cuerpo hasta hacerlo desaparecer, como si se lo hubiera tragado una aspiradora. Los demás espíritus salieron gritando por las paredes proyectándonos en rayos de luz. Muchos, con los nervios, no pudieron atravesar los muros y quedaron inconscientes en el piso o atrapados en los muros. Kauffmann parecía disfrutar del espectáculo. Lentamente, Blanquita Soler se acercó al escenario. La pistola le pesaba en las manos. La levantó y disparó. Un silbido indicó que el hielo salió completamente derretido y sin dirección. Alcanzó por equivocación al pato-chanco olvidado en un rincón del escenario y le quemó algunas plumas sin hacerle mucho daño. El viejo loco de Kauffmann miró con una sonrisa malévolita a Blanquita, quien se sonrojó y pidió disculpas por el disparo mientras buscaba un escape con la mirada. Intenté salir de la pared, pero los nervios me apretaban aún más. Entonces sentí

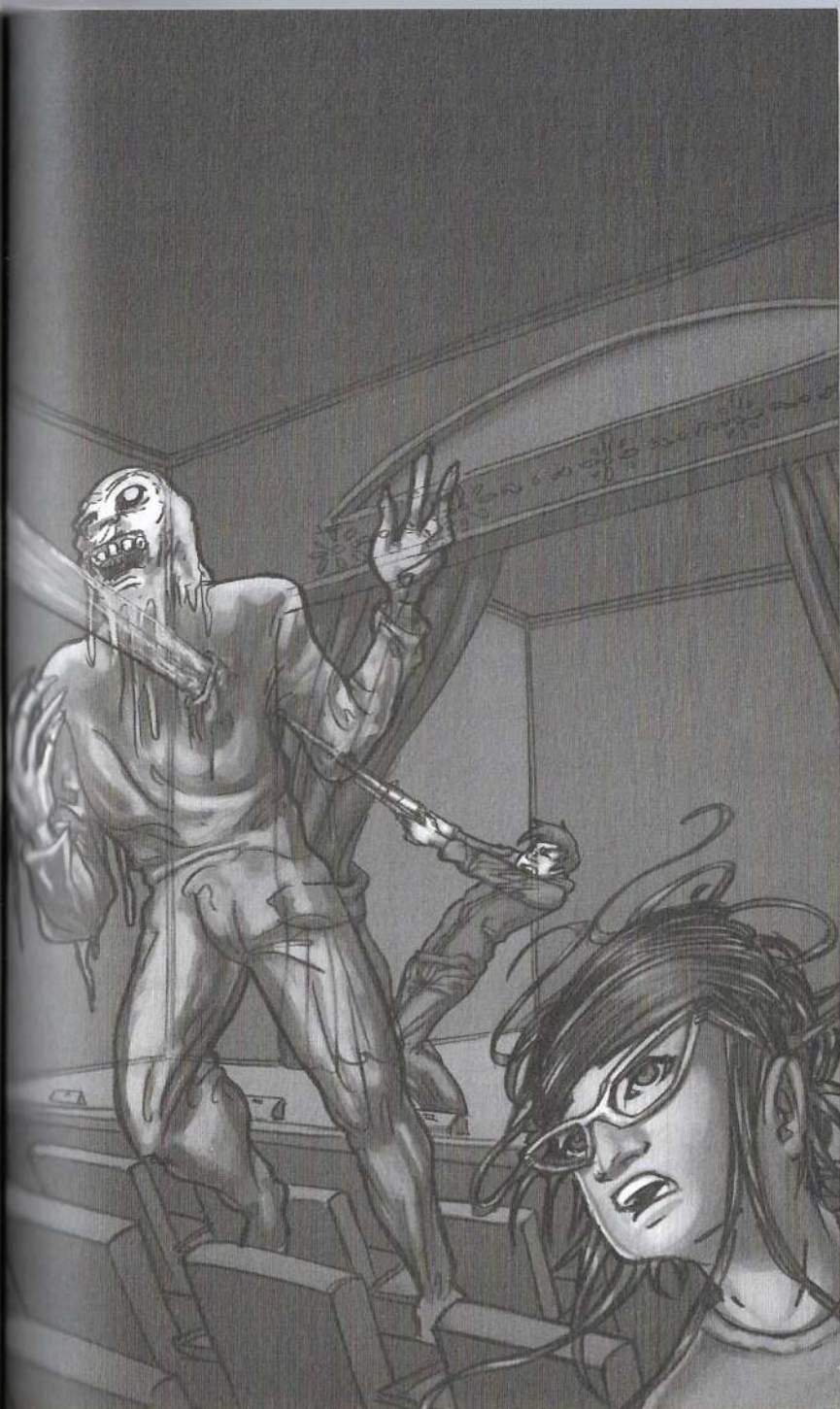
dos brazos de distinta fuerza. Eran dos músicos de la orquesta de mancos; con un brazo cada uno me ayudaron a salir. Corrí hacia el escenario en el momento en que Kauffmann saltaba hacia la platea siguiendo a Blanquita. Fue un salto espectacular, como en cámara lenta. Pero la escena se detuvo. Un rayo de hielo atravesó parte del pecho y la espalda de Kauffmann. El rayo había salido de mi pistola que temblaba entre mis manos. En seguida, escuchamos retrasado el ruido del hielo como un soplido silbante. Kauffmann se detuvo en medio del salto y cayó estrepitosamente en las primeras butacas vacías, gritando de dolor. Blanquita se encogió sin querer ver. Algunos espíritus que iban saliendo se detuvieron y miraron hacia atrás. El gusto se retorció un momento antes de que todo su cuerpo se inflara como un globo y reventara, esparciéndose por el lugar. Todos nos quedamos inmóviles, sin decir ni atrevernos a hacer nada. Blanquita se acercó y me preguntó:

—¿Estás bien?

—¿Y tú?

—Yo bien. Parece que acabas de pasar a QEPD a tu primer gusto —dijo ella y sonrió.

Asentí con la cabeza. Entonces me di cuenta de lo que había hecho y no tuve más opción que desmayarme de la impresión en medio del pasillo del cine.





Me desperté en la casa de Blanquita Soler. Los dos músicos mancos que me ayudaron a salir de la pared en el teatro estaban conmigo. Sus nombres eran Víctor y Victoriano, y, como me explicaron, antes de pertenecer a la orquesta de mancos tenían su propio dúo musical. Cuando estaban vivos, tocaron juntos durante muchos años en una orquesta de yugoslavos en Punta Arenas. Mientras conversábamos, escuchamos el televisor de la abuela al máximo de su volumen en el primer piso de la casa. Víctor y Victoriano estaban interesados en Blanquita. Muy pocos, dijeron, nacían con el don que ella poseía y que le permitiría convertirse en una excelente médium, es decir, en una persona viva con la capacidad de hablar con los muertos. Cuando le preguntaron si su habilidad era de nacimiento, ella prefirió no responder. Víctor y Victoriano comprendieron que era un tema delicado y prefirieron despedirse y desaparecer por entre las paredes.

Esa mañana me sentí mejor. En realidad, nunca me había sentido tan bien; había destruido a

un peligroso gusto y me creía un cazador experto. Le pregunté a Blanquita cuándo volveríamos al trabajo. Ella se rio y movió la cabeza.

Compramos el diario. Al abrir las páginas se desbordaron las letras del boletín. Allí estaba mi nombre y los hechos de la noche pasada en el teatro de Irarrázaval. Pensé en el viejo Vadagaspov, en lo orgulloso que estaría de mí cuando se enterara de que uno de sus estudiantes ahora era famoso. Entusiasmado, fui a dejar las dos pistolas de hielo al refrigerador para tenerlas preparadas en caso de necesitarlas.

Aproveché la tarde para ver en la televisión tres películas de un ciclo continuado: *El maratonista sangriento I, II y III*. Fue una tarde relajada y feliz, de esas en que uno quiere que nadie moleste. Pero como nada es perfecto, cuando estaba en medio de *El maratonista sangriento II*, escuché un fuerte ruido en el primer piso de mi casa de calle Bilbao. Pensé que era Vadagaspov que con su aterrizaje violento venía a felicitarme. Escuché mi nombre, pero no reconocí la voz. Me adelgacé como un hilo, me arrastré por una pared y luego me descolgué lentamente del segundo piso para no ser sorprendido. A los pies de la escalera encontré a un niño espíritu de no más de diez años. Volví a corporizarme delante de él.

—Qué gusto conocerlo, señor Praz —me dijo—. Leímos en el diario lo de anoche y todos en el edificio estamos muy contentos.

—Momento —lo detuve—. Primero, ¿quién eres?

—Disculpe. Mi nombre es Romilio.

—Segunda pregunta: ¿qué haces aquí?

—Mis amigos en el edificio me enviaron para...

—Momento. Tercera y cuarta preguntas: ¿qué amigos? ¿Qué edificio?

—Tiene razón, perdóneme, es que estoy nervioso por hablar con alguien famoso como usted.

Un gustito agradable, parecido al de cuando uno comía, me recorrió el estómago. Claro, mi última comida había sido hacía ciento cuarenta y cinco años, cuando estaba vivo. Con Romilio nos fuimos hasta el patio lleno de maleza y basura.

—Vivo en el edificio de la NBX S.A. —me dijo—, un edificio lleno de computadores. Muy pocos empleados trabajan allí porque los computadores no los necesitan. Con un grupo de amigos espíritus decidimos habitar el lugar, ya que a todos nos gusta conectarnos a la red, sobre todo durante la noche.

—Me parece muy bien que la gente joven se interese en la informática. A mí me interesan las películas de terror. A propósito de eso, me estoy perdiendo una buena película allá arriba, así que si me disculpas...

—Espere, señor Praz.

Nadie me había llamado "señor"; comenzaba a gustarme mi celebridad.

—Al punto entonces —le dije apurándolo.

—Cada vez se hace más difícil quedarse en NBX S.A. porque un gusto también decidió ocupar los computadores. Por eso es peligroso volver al edificio.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso?

—Como se dice que usted es el mejor cazador de gustos, queríamos pedirle que eliminara al del edificio.

—En realidad, experiencia no tengo demasiada —dije tartamudeando.

—Pero salió en el boletín.

—Bueno, sí, pero la verdad es que...

—Tiene que ayudarnos, señor Praz.

Durante décadas viví descansando en mi cama, mirando la televisión, sin pensar en nada; flotando en el aire, haciendo bromas a los demás hasta que, de pronto, me había convertido en alguien importante y útil.

Llegué antes de que oscureciera a la casa de Blanquita cerca del Estadio Nacional. Le conté cuál sería nuestro próximo trabajo. Ella quedó pensativa y se fue a su computador.

—Es extraño que un gusto habite un servidor de computadores. ¿Para qué querría estar allí?

—No importa, podremos cazarlo y agregarlo a mi Formulario 307.

Blanquita hizo un recuento de la información que tenía en su computador. El edificio NBX S.A. estaba ubicado en el centro de Santiago. Tenía quince pisos, pero solo los últimos cinco estaban ocupados por grandes empresas conectadas permanentemente a una red computacional sin necesidad de empleados. Lo único humano en esa parte del edificio era un guardia en el piso diez y los aseadores que trabajaban por las mañanas.

Esperamos que la abuela se durmiera para salir. Las pistolas de hielo estaban cargadas y frías; cada una pesaba muchísimo. Bajamos al centro en el metro. La gente que observaba a Blanquita creía que hablaba sola, pero lo hacía conmigo. Cuando volvimos a subir a la superficie había oscurecido por completo. Un ruido en mi estómago me indicó que el miedo volvía. Encontramos rápidamente el edificio NBX S.A. y subimos hasta el noveno piso donde atendían oftalmólogos y ginecólogos. Seguimos subiendo, y en la mitad de la escalera nos encontramos con una puerta de metal que prohibía el acceso. Me adelgacé y pasé hacia el otro lado. En la entrada del décimo piso me topé con un letrero que decía NBX S.A. y un largo pasillo vacío. Al fondo distinguí al portero sentado tras una mesa de recepción con muchos televisores que mostraban los distintos pisos y habitaciones. El guardia tomaba una sopa y miraba la

transmisión de un partido de fútbol argentino. Me adelgacé como rayo de luz y entré por el panel de control de los televisores y del teléfono. Como no sé de electrónica, preferí usar un método directo y seguro: descolgué cables y los uní con otros. En pocos segundos las pantallas se volvieron locas y los teléfonos sonaron al mismo tiempo. El guardia saltó de su asiento sin saber qué hacer. Recorrió el pasillo y bajó por la escalera hasta la puerta metálica. Siguió hasta el noveno piso buscando un teléfono que funcionara correctamente para comunicarse con el conserje del edificio y avisarle que había una falla técnica.

Blanquita subió al décimo piso, donde yo la esperaba. Nos escondimos dos pisos más arriba y esperamos.

—En alguna parte debe estar el computador —dijo ella.

Lo encontramos en el último piso. Terminé de descomponer las cámaras de circuito cerrado para que el guardia no nos descubriera. El computador central no era tan grande como me imaginaba; parecía un computador normal, pero aislado en otra habitación.

—Desde aquí se puede acceder a mucha información —aseguró ella como una experta—. Este es el computador que da las órdenes para trabajar con los otros en los pisos de abajo.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Mi papá era experto en informática —dijo Blanquita y bajó la cabeza algo nerviosa. Preferí no preguntar detalles.

Si algún gusto quería ocupar la instalación de NBX S.A., debía pasar por ese computador central, así que nos fuimos a ubicar en una oficina cercana, desde donde vigilaríamos lo que ocurriera el resto de la noche, con las pistolas de hielo preparadas. Aunque estaba nervioso, me sentía extrañamente seguro al lado de Blanquita Soler. Ella aprovechó la espera para contarme que había descubierto por casualidad sus habilidades con los espíritus. Luego de la muerte de su madre y la extraña desaparición de su padre, la abuela había preferido que volviera a estudiar. Estaba consciente de sus poderes, así que prefirió no decir nada y pasar como una estudiante más.

Antes de la medianoche, escuchamos voces de niños jugando en el piso de abajo. Imaginé que serían Romilio y sus amigos fanáticos de los teclados. En ese mismo momento, sentimos olor a laftaleno en nuestro piso. Vimos el líquido espeso de las huellas de un gusto en una ventana. La sombra la atravesó y cayó al suelo como una alfombra negra. Se estremeció y luego se levantó. Era una mujer rubia, con el pelo muy largo y un abrigo de piel. Estiró sus huesos y se acomodó la cabeza que llevaba hacia atrás. Los ojos le brillaban y un líquido pegajoso se derretía por

su cuerpo. Se sentó en el computador central y tecleó con una rapidez increíble; luego vomitó una masa oscura al piso, como lo hacían todos los gustos. Comencé a tiritar de miedo. Me adelgacé y me escondí en el cajón de un escritorio. Blanquita abrió el cajón y a susurros me regañó por cobarde. Salí avergonzado. Preparamos las dos pistolas de hielo y avanzamos tratando de no hacer ruido. Blanquita me hizo señas para que rodeara el lugar. Avancé lentamente, aunque notaba que mis piernas hacían ruido al temblar. A la distancia, Blanquita comenzó a contar mostrándome los dedos hasta llegar al número tres. Pero cuando iba en el número dos, vi que, a su espalda, en medio de la pared, aparecía una cabeza de perro que goteaba líquido gusto. Alancé a gritarle.

—¡Cuidado!

De inmediato aparecieron en la pared las patas de caballo de un perro-caballo ciego. Blanquita cayó aterrorizada al piso mientras el gusto comenzaba a dar vueltas desorientado, tratando de olerlos. Me lancé hacia delante, pero la pistola pesaba demasiado. Cuando el perro-caballo cruzó a mi lado, abrió la mandíbula y la cerró a centímetros de mi cabeza. Entonces se me olvidó el miedo y le hundí mi zapato debajo de la panza. El perro-caballo se quejó. El líquido me manchó y derretió la punta del zapato, quemándome

los dedos de los pies. Con el golpe quedé tendido en el pasillo. No fue la mejor idea porque el perro-caballo pudo orientarse y se preparó para saltar sobre mí. Su olor era asqueroso; el líquido que expelía su cuerpo era pegajoso y quemante. De pronto, un silbido de hielo atravesó todo el pasillo y la cabeza del perro-caballo se abrió por la mitad. Entonces vi a Blanquita con la pistola de hielo en la mano. El perro-caballo se deshizo, escurriéndose por entre la alfombra del piso. Con Blanquita nos miramos un momento y seguimos hacia la habitación central. La mujer rubia de abrigo de piel y mirada diabólica ya no estaba. Blanquita se acercó al computador central. En la pantalla corrían números a mucha velocidad, hasta que todo se detuvo y apareció una frase con grandes letras: "Bienvenido, Eugenio Praz". Me reí porque creí que era una broma. Blanquita reaccionó en seguida:

—Tenemos que salir de aquí.

Las cortinas metálicas de todas las paredes y ventanales comenzaron a bajar. Corrimos hacia la salida, pero fue inútil. Desde la pantalla emergió una luz azul potente que yo había visto antes. La luz se corporizó de a poco y dos figuras aparecieron en la habitación. Una era la mujer que habíamos visto sentada frente al computador. La otra figura

medía casi dos metros: era un hombre muy elegante, con un traje de aviador pasado de moda. Blanquita exclamó:

—Demetrio Suárez.

Sentí que me desmayaba, pero resistí. El hombre levantó su bastón y sonrió.

—Apuesto a que eres Blanca Soler —dijo y miró a su lado a la mujer de los ojos brillantes.

Levanté la pistola de hielo. Demetrio Suárez, sin siquiera mirarme, estiró su mano que se extendió, elástica, por toda la habitación. Golpeó mi brazo y la pistola cayó al piso. Sentí que me atrapaba con fuerza, me levantaba y me estrellaba contra la pared metálica, sin despegar su mirada de Blanca Soler. Fue lo último que vi. Después, como cuando se desconecta una ampolleta, todo se apagó y perdí el conocimiento.

Cuando desperté, estaba en mi cama de la casa de avenida Bilbao. Dormí tan bien que creí que todo había sido un sueño. Entonces recordé lo que había ocurrido en el edificio de la NBX S.A. Estaba a salvo, pero no sabía qué había pasado con Blanca Soler. Me sentí paralizado, sin saber qué hacer.

En esas circunstancias, solo tenía una opción: llamar a Vadagaspov, mi profesor, y pedirle ayuda. La única forma de hacerlo era a través de un reloj. Cuando asistí a la academia infantil de espíritus en la isla de Chiloé, Vadagaspov nos entregó a cada uno de sus alumnos un reloj que indicaba las 3:30 por más que le diéramos cuerda o le cambiáramos la pila. Las manecillas eran las dos manos enguantadas del ratón Mickey. Vadagaspov confesó después que los relojes los había comprado por docena y a un precio muy económico en un viaje de trabajo por Orlando, Florida. Por supuesto, el reloj tenía otra cualidad y solo podíamos utilizarlo en una ocasión.

Revolví un baúl con restos de ropa y objetos inservibles que incluían una cinta de película en formato Beta, un casco de soldado prusiano de la Primera Guerra Mundial, el diario *La Tercera* con la fotografía de Neil Armstrong en la Luna y, lo más valioso, un boleto de un pasaje de ida en el trasatlántico Titanic el año 1912. El pasaje lo conseguí con uno que murió en el barco a cambio de látex de aparición. En el fondo del baúl encontré el reloj. Me ubiqué en la sala más amplia de la casa tratando de apartar los muebles para el aterrizaje. Moví los brazos del ratón del reloj para que indicaran las 9:00. Diez segundos después, escuché un extraño sonido, como si un tren subterráneo llegara a una estación debajo de la casa. Desde el piso emergió un rayo de luz que golpeó el techo, rebotó y cayó de vuelta en el piso. Casi de inmediato, el viejo Vadagaspov se materializó vestido con una camiseta de colores, unos pantalones cortos y chancletas. Su mirada de sorpresa y disgusto echaba fuego: supe que lo del reloj Mickey había sido mala idea.

—Espero que sea importante, Eugenio Praz. Interrumpes mis vacaciones en Papeete —dijo Vadagaspov enfurecido.

En mi desesperación, lo primero que se me ocurrió fue abrazarlo y contarle todo lo que había sucedido desde que era cazador de gustos. Debí parecer preocupado porque

en seguida Vadagaspov se rascó la barba y me pidió que empezara de nuevo. Le conté lo que había ocurrido con el Formulario 307, con el coronel en el Hotel Alcalá, en nuestra cacería del loco de Kauffmann en el cine, con Demetrio Suárez en el edificio de la NBX S.A. y sobre la desaparición de Blanquita. Vadagaspov movió la cabeza y dijo:

—Solo a Eugenio Praz, mi peor estudiante en siglos, podían ocurrirle tantas cosas juntas.

—Blanquita está perdida —le reclamé.

—Está en problemas si ha caído en poder de ese gusto. En el CAEN se ha hablado de Demetrio Suárez y estamos de acuerdo en que es uno de los más peligrosos que existen.

—Pero...

—Por supuesto que lo del edificio NBX S.A. era una trampa. Sin embargo, la trampa no era contra ti.

—¿No?

—Claro que no. Los gustos necesitan la ayuda de seres vivos como esa amiga tuya, que, por lo visto, es una buena médium adolescente.

—Sí, pero...

—Escúchame, Praz, este asunto va a tener que ser revisado.

—Pero ella está en peligro.

—En peligro estamos todos con Demetrio Suárez suelto. Y agrégale alguien más a este

asunto, según lo que tú mismo me cuentas.

—¿Quién?

—La mujer gusto que viste aparecer.

—¿Una rubia con abrigo de piel?

El viejo se acomodó para hablar mientras se rascaba la barba:

—Mariela Rilque. Miss Chile 1935. Murió dos años después en un accidente cuando su avión se cayó; iba a representar al país en un concurso de belleza en Buenos Aires. Como espíritu, más tarde, llevó una vida rutinaria. La verdad era que todos estábamos un poco trastornados por ella, me incluyo. Era un espíritu muy bello y todos la buscábamos para invitarla a salir en el Inframundo. Mariela, en vida, estuvo enamorada de un joven tenista famoso en esos años por jugar en Roland Garros en Francia. Desde el mundo de los espíritus, Mariela pidió que el tenista llegara pronto a reunirse con ella; estaba enamorada y los celos la angustiaban, más aún cuando se enteró de que el tenista salía con una millonaria que lo paseaba por la Costa Azul. Un día se presentó ante el CAEN exigiendo apresurar de cualquier forma el tránsito del tenista a este mundo. Por supuesto, la solicitud fue denegada; ese tipo de peticiones están completamente descartadas. Ella insistió. Cuando se dio cuenta de que no aceptarían su proposición, decidió hacerse cargo per-

sonalmente del asunto. Intentó asesinar en varias ocasiones a su antiguo novio creyendo que de esa forma se reencontraría con él. Desajustó los frenos de su auto, un Chevalier modelo 38, pero solo consiguió desbarrancar a la millonaria con la que salía el tenista y a tres de sus abogados que murieron sin siquiera enterarse. Desde este lado, y como buenos abogados, exigieron castigo para la culpable cuando se enteraron de los detalles. Por su parte, el tenista, enamorado de la millonaria, decidió ahorcarse de la rama de un manzano. Con el suicidio, pasó directamente a QEPD, terminando con la ilusión de Mariela de reencontrarse con él. No hubo necesidad de castigarla porque después de enterarse de que no vería a su amado, se convirtió en un gusto que odiaba a los espíritus y prometió vengarse de todos nosotros.

—¿Pero qué puede estar haciendo junto a Demetrio Suárez?

—Lo último que supimos, a través del boletín, es que Mariela se especializó en informática, a pesar de que en los tiempos en que estaba viva todavía la computación y las redes no existían.

—¿Qué podemos hacer, entonces? —pregunté.

—Lo primero es dar cuenta al CAEN.

—¿Qué significa eso?

—Significa que tienes que presentarte ante ellos, contar todo lo que está ocurriendo y esperar que algo se decida en tu caso.

—¿A qué se refiere con "tu caso"?

—Si deciden que has causado muchos problemas, pueden sentenciarte a que pases inmediatamente a QEPD.

La cara se me partió en dos mitades; una cayó como helado derretido al piso. Después de recogerla e instalármela otra vez, le dije tartamudeando a Vadagaspov:

—Pero supongo que usted me va a ayudar, profesor.

—¿Ayudarte? ¿Por qué tendría que hacerlo?

Traté de pensar en una respuesta, pero la verdad es que no se me ocurrió ninguna.

Esperamos a que anoheciera. Mientras tanto, ni siquiera me dieron ganas de encender la televisión. Tuve que reconocerlo: estaba preocupado por Blanquita Soler. Por mi culpa, ella estaba en poder de gustos peligrosos como Mariela Rilque o Demetrio Suárez. Pero también estaba preocupado por mí y mi futuro.

Antes de la medianoche, Vadagaspov pasó a buscarme. Nos convertimos en dos rayos de luz y atravesamos la ciudad. Yo no tengo demasiada habilidad para ese tipo de transporte y más de una vez Vadagaspov debió desatorarme de las paredes demasiado gruesas. Él, en cambio, tiene varios siglos de experiencia

recorriendo el mundo. Llegamos cerca del cerro San Cristóbal. Entramos por un muro hasta una construcción abandonada. El CAEN rotaba siempre sus lugares de reuniones secretas. Al fondo, el cerro estaba oscuro y sobre él se tendían los cables del teleférico. La habitación era grande, iluminada con algunas antorchas. Alguna vez, el subterráneo había sido una gran piscina, pero ahora estaba completamente abandonado; olía a cartón mojado y podrido. En el centro de la piscina, esperamos a que ocurriera algo. Pero no pasó nada. Cuando me disponía a decirle a Vadagaspov que tal vez nos habíamos equivocado de lugar, que era mejor que me fuera a mi casa y que después él podía contarme lo tratado, nos rodeó un fuerte olor a laftaleno. Desde las cuatro paredes de la piscina surgieron sombras parecidas a la imagen borrosa de un televisor mal sintonizado. Luego, las siluetas se compusieron y quedaron rodeadas de un brillo. Eran ancianos y ancianas que me miraban como si hubieran visto a un espíritu, cosa que por lo demás era verdad. Vadagaspov hizo la presentación. Escuchamos un murmullo. Preferí mantener la boca cerrada; cualquier cosa que dijera podía ser usada para enviarme directamente y sin apelación a QEPD. Estaba dispuesto, incluso, a pedir perdón; prometería que no seguiría jugando con los semáforos en las esquinas para provocar

accidentes, no detendría los ascensores con gente adentro, no causaría cortes de luz en los hospitales y ni siquiera haría funcionar las escaleras mecánicas al revés. Estaba dispuesto a cambiar y a pedir clemencia.

Uno de los viejos se adelantó. Su voz parecía salida de un parlante con ecualizadores y muchos watts de potencia. Era un viejito arrugado, pero con cara de bondad. Se presentó como el director actual del CAEN.

—Mucho gusto de conocerlo, señor director —le dije. Inmediatamente, Vadagaspov me detuvo con sus trescientos años de mirada helada. Al parecer, en ese tipo de reuniones no podía intervenir hasta que me lo permitieran. El viejecito con cara agradable siguió hablando desde su garganta estéreo:

—Estamos enterados de lo que ocurre y por eso, muy preocupados. Demetrio Suárez y esa mujer, la *miss* belleza, son realmente peligrosos para nuestra comunidad. Te habíamos encargado una misión a través del Formulario 307, pero te excediste, Praz. Ahora estamos todos en problemas.

Traté de defenderme, pero otra vez sentí a mi lado el cuerpo de Vadagaspov que me detuvo.

—Suárez se interesó en esa médium adolescente amiga tuya, por eso estamos conscientes del peligro que significa.

No aguante más y pregunté:

—¿Pero por qué es importante Blanquita Soler?

El viejecito miró al que tenía más cerca, un espíritu con cara de calavera que fumaba y el humo de su cigarro le salía por la espalda. Todos los espíritus eran muy viejos y debajo de las sábanas que los cubrían no les quedaba nada sólido.

—Eso lo tendrás que averiguar tú solo

—contestó el director.

—Pero no tengo idea...

El director me detuvo, levantó un brazo y una luz amarilla se convirtió en una de color celeste hermoso que bajó como las ondas en el agua de un estanque.

—Debes buscar a ese Demetrio Suárez y destruirlo, Eugenio Praz; es tu única y última oportunidad. ¿Sabes lo que pasará si fracasas?

Sentí que una escarcha muy fría me apretaba alrededor del cuello.

—¿Pero cómo puedo encontrarlo?

—Sube hasta el segundo piso donde te está esperando el ingeniero. Eso es lo único que podemos hacer por ti. Puedes retirarte.

No alcancé a decir nada más. Al mismo tiempo, como si ejecutaran un paso de baile, todos los espíritus dieron un paso hacia atrás y desaparecieron por las paredes de la piscina.

Vadagaspov me indicó una escalera. Subí decepcionado, imaginándome todo lo que

quería seguir haciendo y no pasar a QEPD. En el segundo piso, más desastrado y ruinoso que el primero, me encontré con un espíritu que cantaba la Marsellesa. Parecía alegre. Me dijo que estaba encantado de conocer a un espíritu adolescente. Aseguraba tener todo lo que yo podría necesitar para "mi cacería".

Lo primero, me dijo, era cambiar esas ridículas pistolas de hielo tan antiguas y pasadas de moda. Me entregó, a cambio, una pistola pequeña, casi en miniatura, de unos pocos centímetros. Me reí al verla porque parecía un juguete para enanos. Al ingeniero no le hizo gracia y señaló:

—Es una Venture 5009 redoblada especial con hielo seco. —La levantó y me indicó el cañón—. Además, a veces, sirve de teléfono celular.

—¿Y cómo funciona? —pregunté.

—Se carga con corriente eléctrica. Y no te rías por el tamaño porque la Venture 5009 redoblada especial es poderosísima, puede atravesar a un gordo o reventar a un perro-caballo de un solo hielazo.

La tomé en mis manos, no pesaba; incluso podía guardármela en el bolsillo de la camisa.

—Lo más importante viene a continuación. El CAEN me encargó entregarte algo, pero depende de ti si lo puedes utilizar.

Entonces levantó una pequeña jaula y distinguí el cuerpo de una gallina que parecía dormir en su interior. Cuando me acerqué, vi que tenía cabeza de gato. Y en vez de alas tenía dos patas de gatos con sus uñas.

—Es un gato-gallina —dijo el ingeniero con alegría, como si presentara un invento grandioso en una feria de inventos. Como no parecí muy entusiasmado, el ingeniero agregó—: son los mejores rastreadores de gustos que existen en el mercado, así que te puede resultar muy útil.

El gato-gallina se despertó y lanzó un maullido que terminó en un cacareo chistoso.

—Chocolate, de eso se alimentan los gatos-gallina —me dijo finalmente el ingeniero, despidiéndose del animal con la cabeza ladeada y los ojos llenos de lágrimas, como si se despidiera de su mascota preferida.

Salí del edificio ruinoso llevando una pistola en miniatura que no asustaría a nadie y una jaula con un gordo gato-gallina. Caminé por la calle buscando el puente para cruzar el río Mapocho. A mi espalda, la sombra del cerro se agigantó; entonces pensé que hasta a los espíritus les llega alguna vez la mala suerte.

Toda la mañana del día siguiente estuve ocupado preparando chocolate caliente para el gato-gallina que parecía no quedar nunca satisfecho: maullaba a ratos y cacareaba después. Era difícil creer que esa gallina gorda, con cabeza de gato perezoso, pudiera ayudarme a encontrar a Blanquita. Entonces tuve una idea, una de esas que me vienen cada setenta años. Dejé al gato-gallina adentro de su jaula y me fui por Pedro de Valdivia hacia el sur de la ciudad. Como andaba distraído y preocupado de mis asuntos, dos microbuses y un camión repartidor de balones de gas me arrollaron, pero lógicamente no me pasó nada.

Llegué a la casa de Blanquita cerca del Estadio Nacional. La tarde estaba calurosa y la abuela dormitaba mirando la televisión en el cuartito de adelante. Cuando pasé a su lado repetía entre dientes los diálogos de la telenovela, como si ella fuera la protagonista. Subí hasta el dormitorio. En el velador, al lado de su cama, encontré un álbum con seis o siete fotografías. En las primeras, Blanquita aparecía

recién nacida en brazos de sus padres. El padre llevaba una larga barba y la mamá estaba vestida con ropa de colores y estampados alegres. En las siguientes fotos era casi lo mismo: la pareja cargando a Blanquita a distintas edades. Nada especial. Seguí revisando, pero no encontré nada que me sirviera. Cuando me disponía a salir de la habitación, algo en mi mente me detuvo. Como si se desempolvara un sillón, sentí que olvidaba algo. Regresé al álbum de fotografías. Una mostraba al padre de Blanquita llevándola de los bracitos por un camino de cemento. Al final de ese camino se levantaba un edificio con vidrios largos y relucientes que reconocí en seguida: era el edificio de NBX S.A. No alcancé a pensar porque por detrás escuché la voz de la abuela:

—Por el laftaleno sé que estás ahí. Estoy vieja, sorda y ciega, pero reconozco ese olor.

La abuela miraba hacia una pared cercana a mí. Cuidadosamente me acerqué y le pregunté:

—¿Puede escucharme?

—¿Cómo?

—Si puede escucharme.

—Fuerte y claro. Estoy un poco sorda, pero no tanto como para no oír. Eso sí, veo muy poco y es una lástima, porque la televisión me encanta, sobre todo las telenovelas de las ocho de la noche; son mis preferidas.

—Pero cómo...

—A mi nieta lo de médium le viene de alguien, y ese alguien soy yo. Claro que estoy retirada hace años y perdí mis poderes; no puedo comunicarme con el más allá como lo hacía antes, pero ni falta me hace porque prontito estaré por allá y nos conoceremos en persona.

—Si me escucha, entonces tiene que ayudarme... Se trata de su nieta.

Le conté todo lo que había ocurrido. Una hora después, la abuela estaba enterada de toda mi vida de espíritu. La historia, según sus palabras, le resultó mejor que la de una telenovela.

—Ahora tiene que ayudarme —le dije.

—¿Pero qué puedo hacer yo?

—¿Qué sabe del edificio NBX, uno que está en el centro?

—Allí trabajó el padre de Blanquita hasta que desapareció.

—¿Qué hacía allí?

—Algo con computadores, pero yo no entiendo nada de eso. Trabajaba hasta muy tarde, por eso fue dejando la casa y a su familia.

—¿No sabe cuál era su trabajo específico?

—Apenas sé encender el televisor y cambiar de canal.

—Bueno, le agradezco de todas maneras.

Ella levantó la vista tratando de encontrarme y dijo:

—Lo único que te pido es que me traigas de vuelta a mi nieta.

Esperé a que oscureciera. Mientras tanto, ensayé convertirme en rayo de luz en un callejón del centro. Hay que tener mucha práctica para hacerlo bien. Se debe adelgazar al máximo posible para lograr velocidad y así atravesar las paredes, pero al mismo tiempo ubicarse muy bien para no quedar atrapado en muros demasiado gruesos. Lo único que no podemos atravesar los espíritus son los objetos de plástico. Estaba fuera de forma porque no lograba pasar del amarillo naranja, que sirve solo para deslizarse bajo las puertas. Después de una hora de práctica, logré el azul que necesitaba. Me transformé en un hilito delgado y con rapidez atravesé el muro del edificio de la NBX S.A. Como esperaba encontrarme con problemas, me rocié entero con Coca-Cola, que es lo que disimula un poco el olor a laftaleno. Subí hasta el piso central. Pasé al guardia, que aburrido miraba un partido de golf en la televisión siguiendo la pelotita que lentamente fallaba el hoyo número 17. La sala del computador principal estaba vacía. Comencé a trabajar allí, pero no lograba avanzar porque carecía de claves de acceso. Probé con el nombre de Sebastián Soler, el nombre del padre de Blanquita. En la pantalla apareció un "Bienvenido, señor Soler" y después un espacio en blanco que pedía otra clave para

ingresar a su escritorio personal. No conocía la clave. Intenté con la palabra "Blanquita", pero me denegó el acceso.

Después de la medianoche, escuché ruidos en el piso de abajo. Me adelgacé tratando de convertirme en rayo de luz, pero como me demoré demasiado en pasar del amarillo al azul, preferí bajar caminando por la escalera. Abajo, los computadores en línea estaban ocupados por espíritus, todos menores de edad, que disfrutaban jugando o infectando otros computadores y sitios de la red. Entre todos ellos reconocí a Romilio, quien me había traicionado la primera vez que había estado en el edificio. De mi camisa extraje la pistola que me entregó el CAEN, la Venture 5009 redoblada especial. Me acerqué hasta Romilio, quien jugaba *Lucha callejera sangrienta V* y lo apunté. Cuando me vio, abrió exageradamente los ojos, observó la pistolita cuyo gatillo yo sostenía con las uñas y lanzó una carcajada que distrajo al resto de los espíritus que se voltearon a mirar. Cuando vieron mi pistola en miniatura, también se rieron. Sentí que me subía el calor a la cara y también sonreí nervioso, lamentando no tener las pistolas de hielo del coronel; viejas, antiguas y pesadas, pero que al menos infundían respeto.

—¿Qué piensas hacer con eso? —me preguntó Romilio sin dejar de reírse.

—Es una Venture 5009 que me...

—¿Una Venture 5009? —repitió Romilio, y lanzó un grito de miedo que todos los demás espíritus repitieron mientras huían despavoridos. Solo Romilio quedó pegado en su asiento, tiritando en tanto le apuntaba.

—No me hagas nada —me suplicó.

—¿Por qué me traicionaste?

—Mariela Rilque nos presionó, dijo que si no la ayudábamos a capturar a esa niña, no nos dejaría ocupar los computadores.

—¿Y por qué necesitaba a la niña?

—Ni siquiera le preguntamos. Tenía que buscarte a ti y hacer que vinieras para acá, luego ella se encargaría.

—¿Hace tiempo que ocupan los computadores?

—Sí.

—¿Te suena el nombre Sebastián Soler?

—Por supuesto, jugué con él muchas veces en línea, hasta hace dos años.

—Por tu culpa ahora tengo que encontrar a su hija.

—¿La niña que secuestró Mariela era la hija de Soler?

—Sí.

—Era un experto; creó un famoso programa.

—¿Un programa?

—Se llama "Domo Permanente". Lo inventó de aburrido, en sus horas libres. Yo traté de

entrar, pero era complicado; es casi imposible penetrar sus celdas de acero, los lugares más profundos de un programa.

—¿Para qué un gusto como Mariela quiere a la hija de Soler?

—No lo sé. Sebastián Soler desapareció, tal vez esté muerto y... —Romilio se llevó los dedos al mentón rascándose con fuerza—. Espera, espera: una vez en una conversación privada en el chat nos contó que la única persona que podía entrar en el Domo Permanente era su hija, que desde niña la había entrenado y que había sido la única en avanzar en el programa.

—¿Pero para qué la necesitan Mariela y Demetrio Suárez, entonces?

—Ni idea. Tampoco a nosotros nos gustan los gustos porque dejan todo lleno de barro y huelen pésimo, pero no teníamos otra opción si queríamos seguir ocupando estos computadores.

—Está bien. ¿No se te ocurre dónde podría esconderse Mariela Rilque?

Romilio dio un silbido y desde las paredes o descolgándose del techo aparecieron tímidamente los demás espíritus adolescentes.

—Hay algo —dijo Romilio—. El computador central en el piso de arriba es el que interesa a los gustos, pero no te sabría decir por qué. Mariela Rilque se pasaba noches enteras en ese computador de la NBX S.A. No tengo idea qué

era lo que buscaba. Una noche, la última antes de que aparecieran tú y la hija de Soler, dijo que no vendría más por aquí, que se conectaría desde su casa y no volvería al edificio.

—¿Es probable que esté conectada ahora?

—Puede ser.

—¿Entonces se podría rastrear?

—Se podría saber aproximadamente dónde está esa conexión.

Los espíritus, alegremente, se pusieron a trabajar buscando la señal de los computadores en línea. No se demoraron en encontrar la pista de Mariela Rilque. Hicieron cuadrar líneas en el plano y fijaron un lugar aproximado no muy lejos del edificio, en el centro de la ciudad, pero bajo tierra, en las alcantarillas del centro de Santiago.

Siempre dicen que hay que tomarse un tiempo para pensar, para tomar las decisiones correctas. En mi caso siempre me sucede al revés. Volví a mi casa, que me pareció más abandonada y fría que nunca, con sus ventanas clausuradas y la maleza creciendo por todas partes como una selva amazónica. Me prometí que si resolvía el problema y ayudaba a Blanquita, cortaría el pasto y dejaría de arrojar la basura a mi vecino, el árbitro de fútbol; bastante tenía con esconderse en su casa por miedo a que los fanáticos lo descubrieran.

Me esperaba el gato-gallina en su jaula, desmayado, con las patas hacia arriba porque no había tomado su chocolate. Tuve que prepararle una cazuela dulce que lo volvió a la vida. Cuando estuvo recuperado, salimos a la calle. El sol se escondió otra vez y un reloj callejero marcó las 10:30 de la noche. Subimos a una micro que recorrió Pedro Valdivia hasta Providencia y desde de ahí derecho hasta el centro de Santiago. Ninguno de los pasajeros podía vernos, mientras en la radio,

Celia Cruz cantaba una canción. Era cierto: la vida a veces es un carnaval y hay que gozar; pero los pasajeros de la micro se veían tristes y aburridos, como si fueran a un funeral. Llegamos a calle Ahumada. A esa hora la gente se preparaba para regresar a sus casas, todos cansados y con caras largas, como si se preguntaran: ¿por qué no nací millonario para no trabajar nunca? Nos internamos por el paseo Ahumada. Elegí un edificio antiguo de puertas grandes, al lado de una multitienda que ofrecía una liquidación de verano. Bajamos hasta las galerías subterráneas, donde vendían revistas de mujeres con poca ropa, duplicaban llaves o hacían fotocopias. Finalmente, entramos a uno de los baños públicos de la galería. Frente a una taza de baño, nada de limpia, el gato-gallina y yo nos miramos. Según el plano que me entregó Romilio, era la única entrada. Me preparé un momento, logré convertirme en un rayo amarillo y luego en uno azul que me adelgazó lo suficiente junto a la jaula del gato-gallina. Nos hundimos en la taza de agua oscura. Caímos por un tobogán sin poder detenernos. La fuerza del agua me arrastró hasta que desembocamos en una cañería mayor donde nos detuvo una muralla, mientras el agua sucia fluía por un río pequeñito y delgado a nuestros pies. Recuperé mi forma y comencé

a caminar por las alcantarillas. Era imposible encontrar a alguien en ese lugar lleno de laberintos y cañerías. Nos perderíamos y jamás encontraríamos la salida. Entonces me acordé de que para eso había llevado hasta allí al gato-gallina. Abrí su jaula. De un bolsillo extraje uno de los pañuelos de Blanquita que había conseguido en su dormitorio. El animal olfateó, maulló, cacareó y se fue directo por uno de los túneles, caminando con seguridad, doblando por los pasillos como si los conociera. Nos encontramos con ratones que nos miraban sin ganas y seguían su vida de ratones de alcantarilla. El trayecto se prolongó por más de una hora. Parecía que la hediondez y oscuridad nunca acababan. Cada vez que escuchábamos un ruido, yo volvía otra vez a temblar sin poder controlarme. Llegamos a un pasillo más ancho, con el agua corriendo por el centro. Escuchamos arriba el ruido de los automóviles por la Alameda. Entonces, el gato-gallina se detuvo, retrocedió y se escondió detrás de una de mis piernas. Cuando me disponía a obligarlo a seguir, vi en la oscuridad dos ojos brillantes como lámparas. Luego, los dos ojos se transformaron en cuatro. Retrocedí lentamente. De la oscuridad emergieron dos lombrices gigantes que se arrastraban por el suelo barroso. Sus cabezas eran las de dos

toros con cuernos puntiagudos. Por el mal olor de las alcantarillas no había notado el laftaleno de esos dos gostos, dos toros-lombriz que se movían amenazantes. Recogí lentamente a mi gato-gallina y aceleré por una de las galerías. Escuché detrás que uno de los toros-lombriz bufaba furioso y se arrastraba persiguiéndonos a gran velocidad por los túneles. Mi gato-gallina comenzó a cacarear cobardemente. No tenía tiempo para concentrarme y convertirme en rayo de luz y atravesar las paredes. Al final de una galería caímos por uno de los túneles. Apreté con fuerza al gato-gallina, que se desmayó de la impresión. Nos detuvimos en medio de una charca llena de agua ponzoñosa y de mal olor. Miré hacia arriba justo en el momento en que la cabeza de toro tomaba distancia para atacarnos. El gato-gallina cerró los ojos y escondió su cabeza de gato entre las plumas. Veíamos acercarse, a toda velocidad, a esa cabeza impulsada por el cuerpo de lombriz. Instintivamente llevé mi mano al bolsillo de mi camisa y encontré la minipistola de hielo seco que el CAEN me había dado. Con la punta de una uña doblé el pequeño gatillo. El disparo del hielo fue atronador. Caí de espalda. De la pequeña pistola Venture salió un silbido. La bala de hielo le dio en la frente al toro-lombriz, deritiéndolo como mantequilla caliente.

La pistola cayó al piso de la alcantarilla. Era difícil creer la potencia que tenía a pesar de su tamaño. Cuando la levanté con dos dedos, seguía caliente después del disparo. No iba a esperar al otro toro-lombriz que recorría los laberintos del desagüe. El gato-gallina cacareó, feliz de estar todavía en el mundo de los espíritus, y seguimos adelante.

Una hora después, encontró otra vez la pista. Olfateó y siguió muy seguro su camino. Llegamos a una amplia galería con el piso de piedra húmedo. El lugar parecía más profundo debajo de la tierra; no se escuchaban los ruidos de la ciudad arriba de nosotros. Entonces, oímos voces y vimos luces en el fondo del túnel. Nos acercamos lentamente. Parte de los muros estaban arruinados, pero en el centro de la galería se formaba un espacio tan grande como una cancha de básquetbol. Me arrastré entre los ladrillos para que nadie me viera. Allí estaban reunidos una treintena de gostos que brillaban en la oscuridad con su olor repelente. Un líquido viscoso les bajaba por el cuerpo y sus vómitos eran negros. En el centro estaba Mariela Rilque, vestida con un abrigo de piel y su pelo rubio extendido hasta el piso. Detrás de ella había un computador encendido; en el protector de pantalla aparecía una fotografía de ella cuando había sido elegida reina de belleza. Fumaba un cigarrillo, aburrida de la discusión.

A cada rato volvía al teclado del computador. Decidí que la mejor idea era quedarme allí y esperar. Pero solo fue un momento porque un aire frío recorrió los pasillos y un olor a laftaleno aún más fuerte invadió la galería. Todos los gustos murmuraron y se apartaron; hasta Mariela Rilque dejó su computador y se puso de pie. El viento frío se transformó en una ventolera. En seguida un rayo azul violeta cortó el techo de la galería y cayó sobre el centro del túnel. La luz se revolvió un momento y se corporizó. Era la misma luz que conocía bien, la luz azul del asesino del coronel. El rayo se disipó y apareció la figura de un hombre con gorra de aviador: Demetrio Suárez. Nadie se atrevió a hablar. Mariela sonrió nerviosa. Suárez abrió la boca y su voz resonó en todo el túnel.

—¿Tenemos la clave de acceso? ¿Sí o no?

Los gustos se miraron y luego miraron a Mariela, quien sonrió como si le preguntara el jurado de un concurso de belleza.

—Demetrio, qué te puedo decir.

—Responder lo que te pregunté —aseguró él.

—La verdad es que todavía nos falta.

—¿O sea que no tienes nada?

—No —susurró ella, con los labios temblorosos.

Demetrio Suárez respiró como si le faltara el aire, abrió los ojos y de sus dedos salió un

rayo de luz naranja, recto y corto, como el de una película de ciencia ficción. El rayo cayó directo en la cabeza del gusto que tenía más cerca, derritiéndolo en seguida. Los demás se apartaron temblando.

—Para que entiendas —dijo Suárez con los dientes apretados—, necesito ese acceso.

—Sí, Demetrio, tienes toda la razón, pero es difícil...

—No quiero más disculpas. Debemos acabar con el Inframundo si queremos salir a la superficie.

—Sí, estoy de acuerdo contigo —repitió Mariela más pálida que en el día de su muerte.

—¿Qué ocurrió con la niña?

—La tenemos, pero no quiere colaborar.

—No quiere colaborar —repitió Suárez—. Me estás diciendo que una niña del mundo de los vivos no quiere colaborar.

—Bueno, no todavía.

Demetrio Suárez pareció enfurecerse nuevamente y todos los gustos se apartaron para evitar su dedo. En ese momento escuché un cacareo conocido. Miré a mi lado y el gato-gallina no estaba. Recordé que era hora de su chocolate. Demetrio Suárez lo escuchó, olió el aire y dijo mostrando la oscuridad del túnel:

—Un espíritu anda por allá.

Los gustos se apartaron gruñendo. Yo me hundí detrás de los ladrillos, tiritando de miedo. No sabía si correr o quedarme escondi-

do. Intenté tomar la minipistola Venture 5009 redoblada especial, pero los nervios no me dejaron. Escuché la voz de Suárez que gritó descontrolada:

—¡Atrapen a los intrusos!

Intenté de nuevo alcanzar la pistola, pero se me resbaló. Como los gostos se acercaban, preferí huir por la primera galería que encontré. Pero un rayo de luz amarillo se cruzó por delante y me golpeó en el centro de la frente. Me desvanecí y caí al piso. Escuché la voz chillona de Mariela a mi lado y su zapato de taco aguja presionándome la espalda. No recuerdo más porque después todo se fue a negro y tuve un sueño rapidísimo: estaba viendo el video *La muerta harapienta*, una película de terror de un cineasta japonés de apellido Hirimuchi. El sueño fue agradable y me hizo olvidar todo lo que ocurría.

Cuando desperté, seguía con una sonrisa estúpida en la cara. Una mano caliente y sólida intentaba acariciarme, pero era inútil porque me traspasaba. Era una mano viva, la mano de Blanquita Soler.

—No te asustes, Eugenio, nos tienen prisioneros a los dos.

—¿Estoy QEPD?

—No todavía. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

Me dolía la cabeza. El rayo de luz amarillo de Mariela Rilque me había dejado inconsciente. Le conté toda la historia, sin omitir el encuentro con su abuela. Ella pareció preocupada.

—Espero que no le pase nada a mi abuelita, ha sido muy buena conmigo, me ha cuidado desde que mi papá nos abandonó.

—Me vas a tener que explicar qué está ocurriendo. Se suponía que nos íbamos de cacería de gostos y ahora resulta que estamos en medio de un problema más grande. No entiendo qué tienes que ver tú en todo esto. ¿Qué relación tiene tu papá con los gostos y con Demetrio Suárez?

Por primera vez examiné el lugar: una habitación de piedras húmedas, con barrotes en la puerta. Antes de que respondiera, preferí continuar:

—Primero nos vamos de aquí, antes de que aparezcan los gustos.

—La puerta tiene un candado en los barrotes y ni siquiera tú puedes atravesar esas paredes.

—¿Por qué?

Se acercó a los barrotes y estiró las manos. Detrás de ellos agitó un gran paño de plástico transparente. Toda la celda estaba recubierta con plástico. El plástico no permite el paso de los rayos de luz de los espíritus. Estábamos atrapados.

Nos quedamos en silencio sin saber qué hacer. Después de quince minutos, ella dijo:

—Antes de que mi papá desapareciera, trabajaba como experto en NBX S.A. Logró un importante puesto hasta que descubrió un secreto.

—¿Un secreto?

—La NBX S.A. es una organización del Consejo Ampliado de Espíritus Nacionales. Nadie lo sabía, pero mi padre lo descubrió. Toda mi familia, mi padre, mi abuelo y yo podemos comunicarnos con el Inframundo; por eso mi papá trabajaba para ellos. Durante muchos años ayudó a procesar toda la información que se tenía de los espíritus.

—¿Un banco de datos?

—Algo así, pero más importante: ese banco de datos permite saber la ubicación de todos los espíritus del país y del Inframundo. Reunieron esos datos para proteger a los espíritus, pero necesitaban guardarlos en un lugar seguro. Entonces se les ocurrió esconderlos en un programa computacional infranqueable, uno al que nadie pudiera entrar.

—¿Por casualidad ese programa se llama Domo Permanente?

—Exactamente —dijo Blanquita impresionada—. Mi papá diseñó el programa como si fuera un juego muy complejo. Demetrio Suárez se enteró de su existencia y quiere entrar en el programa.

—¿Pero para qué?

Ahora Blanquita movió la cabeza, como si pensara que yo era demasiado idiota para no darme cuenta.

—Demetrio Suárez es un supergusto, uno que quiere acabar con sus enemigos más cercanos: ustedes, los espíritus. Sabe que una vez que acabe con el Inframundo, tendrá el camino libre para atacar al mundo de los vivos.

—¿A los vivos?

—Todos los gustos envidian a los encarnados y desean destruir el mundo real.

—Por eso te tiene prisionera.

—Mariela Rilque es la mano derecha de Suárez y una experta en computación. Mi padre desapareció hace tres años y no lo han podido encontrar. La lista sigue oculta en ese programa, en el Domo Permanente, y nadie sabe cómo ingresar.

—Excepto tú.

—Claro, pero yo no puedo acceder a toda la información.

—O sea que es inútil que te tengan aquí.

—El programa es parecido a un juego. La única manera de llegar al centro de la información es bajar más profundo. Yo puedo entrar al Domo Permanente, mi papá me enseñó, pero no sé cómo llegar a esos datos ocultos. Por eso me quieren los gustos, para que llegue a la raíz del programa.

—Y tú no lo harás.

—Mi papá desapareció por lo mismo, porque trataron de forzarlo para que entregara las claves para bajar al Domo Permanente. Si Mariela y Suárez se apropian de esa base de datos, será el fin para el Inframundo.

Nos quedamos en silencio. Hacía pocas semanas yo estaba tranquilo en mi casa, viendo películas de terror, rascándome la panza sin hacer nada, riéndome de mi vecino, el árbitro de fútbol. Ahora me encontraba en medio de un problema a varios metros de profundidad, en las alcantarillas de la ciudad. Después de

ciento cuarenta y cinco años de inactividad había vuelto de pronto a la acción, pero a la acción a gran escala.

Una hora más tarde vimos aparecer por el túnel a Mariela Rilque, con su abrigo de piel, su cabellera rubia, goteando aquel líquido viscoso que daba asco. A su lado caminaban unos gustos torpes y malévolos. Los ojos de Mariela brillaron como luces de colores. Nos habló a pocos metros de los barrotes de nuestra celda:

—Es una lástima que una niña como tú no quiera ayudar. Eres igualita a tu padre. En fin, encontraremos el método adecuado para hacerle cambiar de opinión.

Blanquita hirvió de rabia y le dijo:

—No voy a entrar al Domo Permanente.

—Eso lo veremos. Supongo que estarías triste si hacemos pasar a QEPD a tu amiguito —me apuntó—. Tal vez lo podríamos usar a él para convencerte.

—En mi opinión... —alcancé a decir, pero Mariela me detuvo.

—Vamos a probar otro método primero: por la noche atacaremos al CAEN y acabaremos con ese grupo de viejos inútiles.

—Difícil que averigüen su paradero.

—Yo no diré nada —afirmé, orgulloso de mi repentina valentía.

—Para eso estamos preparados. En realidad, tú mismo nos ayudaste.

—¿Yo?

—Indirectamente, por supuesto. Nos traje el gato-gallina. —Uno de los gustos levantó un paño que cubría la jaula con mi gato-gallina adentro, quien me miró con una sonrisa de gato, pidiéndome perdón por disponerse a ayudar al enemigo.

Mariela le dio una pitada a su cigarrillo y dijo con la voz ronca:

—A este animalito lo convencimos para que nos lleve con su olfato especial hasta la reunión semanal del Consejo Ampliado de Espíritus Nacionales.

El animal abrió los ojos y cacareó cobardemente. Mariela sonrió y se dio vuelta levantando su abrigo de piel y se alejó por la galería seguida por los gustos. Mientras lo hacía, escuché el cacareo-maullido de mi gato-gallina traidor.

Estábamos en problemas. Si salía de esa celda, los espíritus me acusarían de llevar a los gustos al CAEN.

Permanecimos varias horas encerrados hasta que escuchamos un ruido suave. Algo se deslizaba por las galerías cercanas a nuestra celda. Le pedí prestado a Blanquita un pañuelo con flores estampadas que llevaba en un bolsillo. Me acerqué a los barrotes y comencé a batir el pañuelo con fuerza y a gritar desesperado. Blanquita movió la cabeza

sin entender. Demoré diez minutos hasta que ambos escuchamos claramente cómo se acercaba una sombra arrastrándose por el túnel. Le ordené a Blanquita que se escondiera lejos de los barrotes. En la oscuridad vi los ojos brillantes y enfurecidos del toro-lombriz. Echaba vapor por la nariz, mientras su cuerpo se doblaba al avanzar. Agité con fuerza el pañuelo, al estilo de un torero español. La bestia meditó lo que haría, retrocedió hasta el final del túnel y emprendió el ataque contra el pañuelo que se movía delante de sus ojos. Solo en el último momento quité el pañuelo de la entrada y salté hacia un lado. El toro-lombriz se estrelló contra la puerta y atravesó hasta el otro muro, dejando un boquete. Aprovechamos y salimos por la puerta destruida, mientras el toro-lombriz trataba de entender lo ocurrido, revolcándose entre los ladrillos. Corrimos por una galería, sin tiempo de mirar hacia atrás. Cuando Blanquita no pudo dar un paso más, nos detuvimos y nos quedamos en silencio. Escuchamos el ruido de los automóviles arriba de nuestras cabezas. Demoramos muy poco en encontrar una escalera. Levantamos una tapa de metal en medio de la calle. Aprovechamos la luz roja de un semáforo y salimos al exterior por uno de los costados de la iglesia San Francisco y a pocos metros de la Alameda. Acababa de

amanecer y unos obreros que trabajaban en la vereda nos miraron sorprendidos.

Caminamos por unas calles alejadas de la Alameda y nos fuimos a sentar en una fuente de soda pequeña atendida por un italiano que llevaba cuarenta años viviendo en el país y que todavía no aprendía español. Blanquita se compró un helado de chocolate porque tenía hambre, dos sándwiches de cecina y una taza de leche caliente. No había comido en dos días. Antes de terminar el primer sándwich, dijo:

—Hay que avisar al CAEN sobre el ataque de esta noche.

Faltaban algunas horas para la reunión y los espíritus ni sospechaban que serían atacados por Mariela Rilque y sus gustos. Nos fuimos con Blanquita de regreso a su casa. Subimos a una micro que recorrió toda avenida Grecia. Cuando llegamos, la abuela nos saludó feliz cantando una ranchera mexicana. Blanquita subió a su habitación y se encerró. Me convertí en rayo de luz y pasé por debajo de la puerta. La vi trabajando muy concentrada en su computador, sin despegar los ojos de la pantalla. Me estiré en la cama a esperar. Cerré los ojos y me dormí profundamente. Soñé que me enfrentaba otra vez a los toros-lombriz, los derrotaba y Blanquita se sentía orgullosa de mí. Desperté cuando remecían la cama.

—Hay una forma de entrar al Domo Permanente —dijo ella indicándome con un dedo.

—No sé nada de computadores —le respondí.

—Puedes convertirte en rayo de luz azul, el más fino, y penetrar por los archivos del programa.

—A mí todo lo que tenga electricidad me da miedo.

—No hay otra solución si quieres salvar a los directivos del CAEN y, de pasada, salvarte a ti mismo antes de que se enteren que hiciste las cosas mal.

Tenía razón. La saliva seca de cincuenta años me bajó por la garganta.

—¿Qué tengo que hacer?

Blanquita era una experta frente a la pantalla del computador, ya que su padre le había enseñado. Mi misión entonces consistía en bajar a los archivos de ese programa guiado por ella. Me instaló un audífono en una oreja, mientras se conectaba con el computador central de NBX S.A. donde estaba el Domo Permanente. Por mi parte, demoré varios minutos hasta adelgazarme en rayo de luz azul, el más complicado. Por el audífono escuché claramente la voz de Blanquita. Me revolví flotando en medio de la habitación y me lancé con fuerza sobre los circuitos del computador. Penetré en un canal y me dejé llevar por una corriente poderosa a una velocidad increíble. La sensación era divertida, nunca antes había sentido tanta velocidad. Doblaba aceleradamente en medio de luces, entraba en galerías y túneles hasta que frené abruptamente. Mi cuerpo se estiró y recobró, en apariencia, su forma. Me encontré en medio de una sala con sillones blancos y cuadros de pintura. Con

algo de interferencia al principio, escuché la voz de Blanquita por el audífono:

—Es la sala de espera. Abre la puerta más cercana que encuentres.

La habitación se extendía por un pasillo muy largo, lleno de puertas, más de cien. Elegí la primera. Al otro lado apareció una playa de arena blanca con el mar de fondo. Sentí el olor marino y escuché las gaviotas. Blanquita seguía atenta a mis pasos. Dijo:

—Es la casa de la playa que teníamos en Tongoy. Mi papá compró esa casa para los veranos.

—¿Pero cómo estoy aquí si hace un momento me encontraba en tu pieza?

—No estás, es el ambiente del Domo el que te hace creer que estás allá con todo sus detalles. Tienes que seguirle el juego al programa, así fue diseñado por mi papá. Nada es real, pero parece que lo fuera. Sigue por la playa hasta que encuentres la casa.

Seguí caminando. La sensación era muy real. Sentía que mis zapatos se hundían en la arena. Algunos pescadores reparaban sus botes en la orilla y una mujer pasó trotando con un equipo de música en las orejas. Después de caminar unos minutos, encontré la casa. Era de madera y el viento de sal había arrasado con su pintura. Un triciclo estaba en la entrada y en los colgadores se mecía algo de ropa.

—Ese era mi triciclo —dijo Blanquita en mi oído.

Entré lentamente. La puerta estaba abierta. Escuché una música alegre en el segundo piso. Parecía una casa de verano común. Subí por la escalera siguiendo la música. Las habitaciones estaban cerradas, excepto la última, que tenía la puerta levemente abierta.

—Sigue hasta esa puerta.

Pasé a la habitación llena de libros y dos computadores. Detrás de un escritorio, un hombre trabajaba haciendo cálculos. Cuando me vio levantó la cabeza sorprendido y asustado.

—¿Quién eres? —preguntó.

Miré por la ventana, por donde se veía el horizonte del cielo, el mar y algunos jóvenes surfeando sobre las olas.

—Eugenio Praz —le respondí.

—Mi nombre es Sebastián Soler.

Llevaba barba, ropa suelta, la camisa afuera y aspecto de no haberse bañado en varias semanas.

—Soy amigo de Blanquita, por eso estoy aquí —le dije.

—Mi hija —se rascó la barba—. Entonces me imagino por qué estás aquí.

—¿Qué es todo esto? —le pregunté mostrando lo que veía a mi alrededor.

—Es una memoria suspendida. La escribí y diseñé yo mismo. Solo soy un programa de

la memoria de Sebastián Soler. Hace mucho tiempo que no venía nadie por acá. Supongo que Blanquita requiere ayuda.

—Necesitamos saber de la base de datos de la NBX S.A.

Sebastián se levantó del escritorio. Miró por la ventana. Me dieron ganas de estar abajo, en la playa, bronceándome al sol, aunque fuera imposible.

—No puedo darte esa información. Eso solo se consigue entrando más profundo en el Domo Permanente. Yo mismo diseñé el programa para evitar que entrara gente extraña. Según esta extensión del Domo, si tú o mi hija me andan buscando, quiere decir que yo estoy desaparecido.

—Así es.

—Me lo imaginaba. No me digas: en todo esto andan metidos los gustos.

Asentí con la cabeza.

—Sabía que no se podía confiar en ellos.

La voz de Blanquita me hizo cosquillas en el oído:

—No hay tiempo para bajar más en el Domo Permanente, tenemos que encontrar una pista para resolver primero el asunto de esta noche.

Tenía razón. Se lo pregunté a Sebastián Soler. Me respondió que la última vez que trató con espíritus fue semanas antes de dejar de trabajar en NBX S.A., pero que no sabía nada más.

Blanquita me dijo que intentaría otra cosa. Me pidió que cerrara los ojos. En seguida sentí un vacío en el estómago, como si bajara a toda velocidad por una montaña rusa. Cuando abrí los ojos estaba en el centro de Santiago o algo que parecía el centro de Santiago, porque el cielo era de un color extraño. Al frente tenía el edificio de la NBX S.A. No pasaban automóviles por la calle; la ciudad estaba desierta. Entré al edificio por la puerta de vidrio. Lo primero que encontré fue a los guardias en el piso: parecían muertos. Las paredes tenían impactos de balas. Subí al décimo piso y la escena se repitió: algunas personas yacían en el suelo. En los pasillos, los muebles estaban destruidos, las sillas rotas y había cientos de papeles esparcidos por todos lados mientras me repetía a mí mismo que nada de eso era verdad, que todo era un programa, un archivo, una extensión, o qué sé yo. Me imaginé lo que había ocurrido: Mariela Rilque intentó introducirse en el archivo, igual como lo hice yo, destruyendo todo a su paso. Doblé por otro pasillo hasta enfrentarme con una puerta donde leí: "Sebastián Soler". Blanquita me advirtió por los audífonos:

—Estoy buscando el archivo de la última reunión que tuvo mi papá con los espíritus. Esa reunión fue hace dos años.

Abrí la puerta y sentí un vientecito caluroso. La luz se apagó y se encendió en seguida. La habitación había cambiado. Sebastián Soler estaba sentado en uno de los sillones; al frente tenía al director, dos subdirectores y al viejo Vadagaspov.

—Es un archivo pasado, no te pueden ver, solo lo puedo reproducir para ti —dijo la voz de Blanquita en mi oído. Sebastián Soler insistió en que era un honor trabajar para el CAEN. El director le explicó del peligro que significaba que los gustos se enteraran del trabajo que realizaba para ellos. Mientras escuchaba la conversación, me senté aparte en una silla para observar todo lo que ocurría. La habitación no tenía ventanas y los muebles eran cómodos, pero feos. Vadagaspov mencionó que el lugar donde estaban era secreto, que solo lo ocupaban en grandes ocasiones, sin agregar nada más. Esperamos otros diez minutos y la conversación se hizo más técnica. Soler les explicó su trabajo con la base de datos y cómo esperaba ocultarla para que los gustos no la encontraran. De pronto entró una mujer a la habitación. Parecía una empleada, llevaba una bandeja con varias tazas de café. Las dejó en una mesa en el centro y se retiró. Solo Sebastián Soler probó el café. Entonces escuché agitada a Blanquita por los audífonos: "Las tazas, las tazas". Como de costumbre, no entendí a qué se refería. Blanquita insistió:

—Mira las tazas.

La escena se congeló como en un video de televisión. Todos los que hablaban quedaron suspendidos. Solo yo podía moverme entre ellos. Me acerqué. En el borde del platillo de una de las tazas leí: "Santoru". No alcancé a nada más porque sentí un ventarrón poderoso que me levantó de la habitación. Todo se oscureció. Mi cuerpo se convirtió instintivamente en rayo de luz y otra vez me encontré en medio de esos canales de alta velocidad, acelerando y doblando en 90 grados hasta que terminé en el piso de la habitación de Blanquita, mareado y con ganas de vomitar, pero como no había comido nada en años, solo expulsé un aire seco y de mal olor.

—Perdona, tuve que sacarte rápidamente de ahí adentro —dijo ella al verme en el suelo.

—¿Por qué?

Blanquita contestó sin despegarse del teclado del computador.

—El "Santoru" es un restaurante, abandonado hace dos años cuando sus dueños se fueron del país. Según el mapa, estaba en el sector de La Dehesa —indicó en la pantalla un programa de búsqueda.

—Pero...

—Esa reunión de mi papá con esos espíritus se hizo hace dos años en un privado de

ese restaurante. Se van a reunir ahí mismo esta noche.

—¿Pero cómo lo sabes? Pueden juntarse en cualquier casa abandonada; conmigo lo hicieron en una piscina en ruinas. ¿Cómo puedes estar segura de que lo de esta noche será justamente ahí?

—La reunión que aparecía en ese archivo tiene como fecha el quince de enero de hace dos años.

—¿Y?

—Hoy es 15 de enero.

El restaurante "Santoru" estaba en una colina camino a la cordillera, en La Dehesa, uno de los barrios altos de la ciudad. Abajo, las luces de Santiago parecían una pista de aterrizaje. El aire estaba frío en ese lugar, a pesar de que nos encontrábamos en pleno verano. Las casas eran bonitas, de patios grandes llenos de jardines y árboles. Las calles lucían extremadamente limpias e iluminadas. Los cerros precordilleranos se veían muy cerca. Blanquita preguntó a un guardia de la cuadra por el restaurante "Santoru". Nos repitió lo mismo que otros dos guardias anteriores: el restaurante estaba cerrado desde hacía uno o dos años y era peligroso acercarse porque mendigos pasaban la noche ahí encendiendo fuego para calentarse. Eran las diez y media de la noche cuando encontramos el "Santoru" arriba, en una colina apartada. Era una casona de tres pisos, muy grande, de madera y ladrillos. El letrero que decía "Santoru" estaba quebrado en dos mitades; la mitad que decía "San" se había caído. Busqué una entrada para Blanquita. Llegamos al salón principal. Estaba vacío y olía

mal. El agua había podrido la madera y algunos ratones flacos y desanimados se paseaban por el suelo. No encontramos a nadie en el lugar. Subimos a los otros pisos. Ahí reconocí la misma habitación que había visto en el archivo del Domo hacía unas horas, pero deteriorada, con los sillones destripados. Decidimos quedarnos y esperar. Blanquita se recostó en uno de los sillones. Estaba agotada, apenas había dormido los últimos dos días; además, parecía triste. Escuchar a su padre, aunque fuera solo en un programa de computación, la dejó sin ganas y pensativa. No le perdonaba que la abandonara. Si había huido para que no lo encontraran los gustos, al menos debió decirle dónde iba para no preocuparla; hacía tres años que no sabía nada de él. Era difícil ser una niña especial; no tenía amigos, excepto espíritus como yo. Me dijo entonces, a punto de llorar, que ojalá hubiera nacido normal como los demás, pero toda su familia, incluidos su abuela, su padre y su madre muerta hacía muchos años, podía comunicarse con los espíritus. Me dio pena escucharla, pero tampoco sabía cómo consolarla. Mientras conversábamos se quedó dormida en el sillón y yo, de aburrido, rápidamente la seguí y caí en un sueño agradable: era futbolista profesional y jugaba contra Brasil en el Estadio Maracanã. Avanzaba con la pelota eludiendo a brasileños que caían a mi paso. Veía que el arco se acercaba y nadie podía conmigo. Escuchaba en las

graderías al público gritando en portugués que me detuvieran. Tocaban tambores y bailaban sambas con mucho ritmo, al tiempo que cantaban: "Detengan a Eugenio Praz, detengan a Eugenio Praz". Y hasta a mí me daban ganas de bailar esas sambas pegajosas mientras seguía eludiendo defensas, hasta que quedaba solo frente al arquero. El arco era enorme y me preparaba para patear la pelota en tanto miraba directamente al negro, el arquero, y escuchaba la samba: "Detengan a Eugenio Praz, detengan a Eugenio Praz", con pitos, maracas y tambores. Pero, como siempre sucede en los sueños, en la mejor parte, de pronto, todo se interrumpió. Me despertó un ruido en el primer piso del "Santoru" que también despertó a Blanquita.

—Alguien anda allá abajo —dijo.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté.

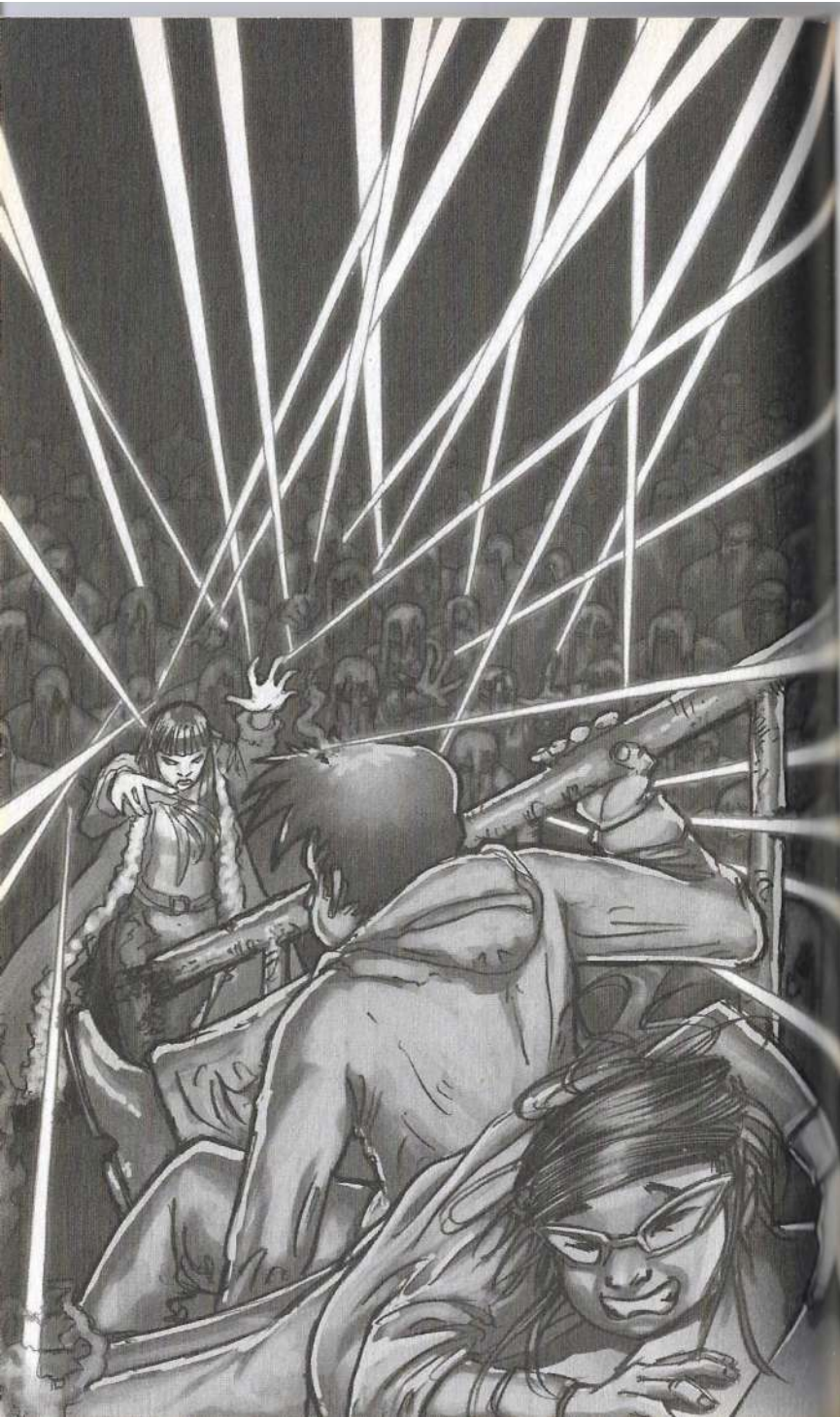
Salimos del privado hacia la escalera. En seguida percibimos olor a laftaleno por todo el lugar y escuchamos voces y pasos. Nos asomamos desde la baranda de la escalera. Abajo se mezclaban los ojos luminosos de más de cincuenta gustos. Todos emanaban ese líquido pegajoso que hacía irrespirable el ambiente. Algunos de ellos abrían la boca desafiantes; otros llevaban amarrados a perros-caballo que no dejaban de ladrar. Blanquita y yo nos miramos. Si los gustos estaban aquí, entonces también llegarían los ancianos del CAEN. No alcanzamos a pensar en nada más. Blanquita pisó uno de los escalones,

la madera podrida se dobló y quebró y ella lanzó un grito que se escuchó por todo el restaurante. Todas las miradas de los gustos giraron hacia ella. Sonreí nervioso para intentar dialogar o para aclararles que en realidad era casualidad que estuviéramos ahí, que no era nuestra intención inmiscuirnos en su fiesta privada y que ya nos íbamos, pero una voz que conocíamos se adelantó: era Mariela Rilque y su colección de abrigos de piel temporada de verano.

—Eugenio Praz y compañía —dijo moviendo la cabeza. En seguida, sus ojos se iluminaron y gritó—. Hay que incinerarlos.

Del dedo con el que nos indicaba salió un rayo de luz amarillo que se convirtió en rojo oscuro. El rayo golpeó la baranda de la escalera y la quemó como un palo de fósforos. Detrás de Mariela los gustos hicieron lo mismo, apuntaron sus dedos disparándonos. Caímos detrás de una silla. Los rayos de luz golpeaban las paredes dejando manchones quemados. El ruido era ensordecedor. Los rayos se acercaban cada vez más. Blanquita gritaba debajo de mí y yo, a pesar de que quería evitarlo, chillaba más fuerte. Los gustos comenzaron a subir por la escalera, mientras Mariela daba vueltas dando órdenes para acabar con nosotros. Levanté una mano donde llevaba un pañuelo blanco en señal de rendición, pero fue inútil porque un rayo rojo lo convirtió en una antorchita que se consumió en seguida. Cuando el primero de los gustos llegó hasta la parte alta de la escalera, nos apuntó con su dedo,

pero antes de que saliera de allí un rayo, otro azul apareció detrás de nosotros y le dio en el pecho al gusto echándolo hacia atrás y haciéndolo rodar pesadamente por la escalera. Todo se detuvo un momento. Abrí un ojo para ver qué ocurría. Los gustos estaban desconcertados. Del pasillo de donde salió el disparo escuchamos pasos y vimos aparecer la figura enorme de Vadagaspov. En sus manos llevaba una Venture 5009 que humeaba con el hielo seco recién disparado. Algunos de los gustos intentaron huir, pero a la salida del restaurante se estrellaron con una gran sábana de plástico que antes no estaba y que ahora cubría completamente la casa lo que impedía la huida. Entonces, desde el techo se descolgó un grupo de espíritus que permanecieron flotando a cierta altura. Todos llevaban las minipistolas Venture 5009 y trajes militares. Era la orquesta de mancos dirigidos por Víctor y Victoriano. No esperaron y comenzaron a disparar hielazos hacia abajo. El ruido era tremendo. No alcancé a darme cuenta cómo Vadagaspov nos tomó de los brazos y nos llevó hasta el desván. Debajo de una ventana encontramos una escalera oxidada, adosada al edificio. Mientras bajábamos, escuchamos los gritos de los gustos y el silbido atronador de los disparos de hielo. No tuvimos tiempo de preguntar; Vadagaspov nos hizo correr hasta la calle. No miramos atrás, pero nos imaginamos lo que ocurría en el "Santoru". Era el fin para Mariela Rilque, la ex reina de belleza y sus abrigos de piel.



Un colectivo manejado por un taxista vivo, que podía ver y comunicarse con los espíritus, nos recogió y siguió el camino más arriba en la montaña. En el trayecto preferí no abrir la boca. Cuando pareció que nos deteníamos, Vadagaspov le dijo a Blanquita:

—Así que tú eres la hija de Sebastián Soler.

Llegamos a un viejo hotel en medio del paisaje cordillerano. En la entrada nos esperaba una señora reencarnada que declaró ser la dueña. Nos llevó amablemente hasta el salón. Nos esperaban el director del CAEN y otros dos espíritus del directorio. Cuando me vio, dijo:

—Eugenio Praz, otra vez metido en líos.

Me disponía a contestar que no era justo; había arriesgado mi vida de espíritu, había acabado con dos toros-lombriz, les había disparado a gustos, había estado encerrado en las alcantarillas de Santiago y, más encima, había navegado por programas y archivos: merecía un poco de reconocimiento. El director cambió su cara transparente por una iluminada y sonriente:

—Me alegro de que todo saliera bien y de que el comando de mancos acabara con Mariela Rilque. La operación fue planificada hace tiempo y esperábamos no fallar.

Blanquita Soler se adelantó:

—¿Ustedes sabían que los atacarían?

—No lo sabíamos, pero esperábamos que nos buscaran gracias al gato-gallina que les enviamos.

Vadagaspov entró con él en sus brazos, que se limpiaba los bigotes con el chocolate caliente que acababa de tomarse.

—No entiendo —dije.

—Nuestro gato-gallina —señaló el director— era nuestro espía infiltrado en ese grupo de gustos que buscábamos hace tiempo. Les hicimos creer que él los traería a nuestro escondite, pero en realidad era una trampa para acabar con ellos.

—Pero fui yo quien se lo llevó a las alcantarillas —les dije con los ojos abiertos por la impresión.

—Exactamente.

—O sea que me arriesgué para ayudarlos a que el plan diera resultado.

—Digamos que colaboraste involuntariamente —afirmó el director con una sonrisa idiota.

—Yo... —alcancé a protestar, pero Vadagaspov me detuvo:

—El CAEN les tiene a ambos una medalla al valor por todo lo que hicieron. Por supuesto, también el gato-gallina tiene la suya. Lamentamos no haber atrapado a Demetrio Suárez, pero ya tendremos otra oportunidad.

Blanquita Soler se adelantó con las manos en la cintura y el rostro nada de amigable.

—A mí no me interesa la medalla. Eugenio y yo nos hemos arriesgado para que ustedes realicen sus planes. Ahora, quiero hacerles

una pregunta para poder irme tranquila de aquí: necesito saber dónde está mi papá —bajó un poco la voz para seguir—, si está vivo o muerto; ustedes tienen que saberlo.

El director le sonrió amablemente:

—Ese es el tipo de materia que ninguno de nosotros podría informar: es ley de los espíritus no hablar de la muerte con los vivos. Sabemos que tu padre huyó con las claves de ingreso del Domo Permanente, pero que lo hizo para protegernos; por lo tanto, nosotros también lo buscamos.

—Es decir, él no está muerto —afirmó Blanquita con la voz quebrada.

—No puedo decir nada más. He hablado demasiado. Vadagaspov los llevará a casa, señorita, eso es todo y gracias otra vez.

No pudimos decir o hacer nada más. Los tres espíritus se desvanecieron. La señora dueña del hotel cordillerano nos sonrió y Vadagaspov, cargando al gato-gallina en su jaula, nos condujo hacia la salida.

El colectivo descendió rápidamente por un camino de curvas. Al fondo veíamos otra vez las luces de Santiago que brillaban débilmente. No sé por qué pensé que volvía a mi casa, que allá lejos existía un lugar agradable, confortable y seguro para seguir viviendo como espíritu. Blanquita también parecía conforme. Cuando quise decirle que, al menos, aún te-

nía un amigo en quien confiar, que además la admiraba por su valentía y su inteligencia, me di cuenta de que dormía profundamente en el asiento del colectivo. Escuché los grillos nocturnos arriba en la montaña, el olor especial de la cordillera en verano y el maullido-cacareo del gato-gallina, feliz de viajar de regreso.

Las vacaciones son un gran paréntesis: eso creí durante toda esa semana de regreso a la rutina. Levantarme tarde, pasear por la casa abandonada, reírme de mi vecino y, por supuesto, ponerme al día con todas las películas de terror de la televisión por cable que me había perdido, partiendo por un clásico: *La lavadora maldita*. Pero todo lo bueno dura muy poco. No fue Vadagaspov quien apareció por la casa exigiéndome aniquilar gustos, sino Blanquita Soler. La escuché detrás del portón gritar mi nombre. La detuve para que no siguiera porque los vecinos se podían dar cuenta y me exorcizarían la casa. Venía agitada, así que esperé que se compusiera un momento antes de dejarla hablar:

—He intentado entrar en el Domo Permanente desde mi computador —dijo—, pero no lo puedo hacer sola: necesito tu ayuda, Eugenio Praz.

A mí todo eso me sonaba a problemas, los mismos de los que nos habíamos librado hacía solo una semana. No quería saber de gustos, de Demetrio Suárez o de gatos-gallina. Entonces

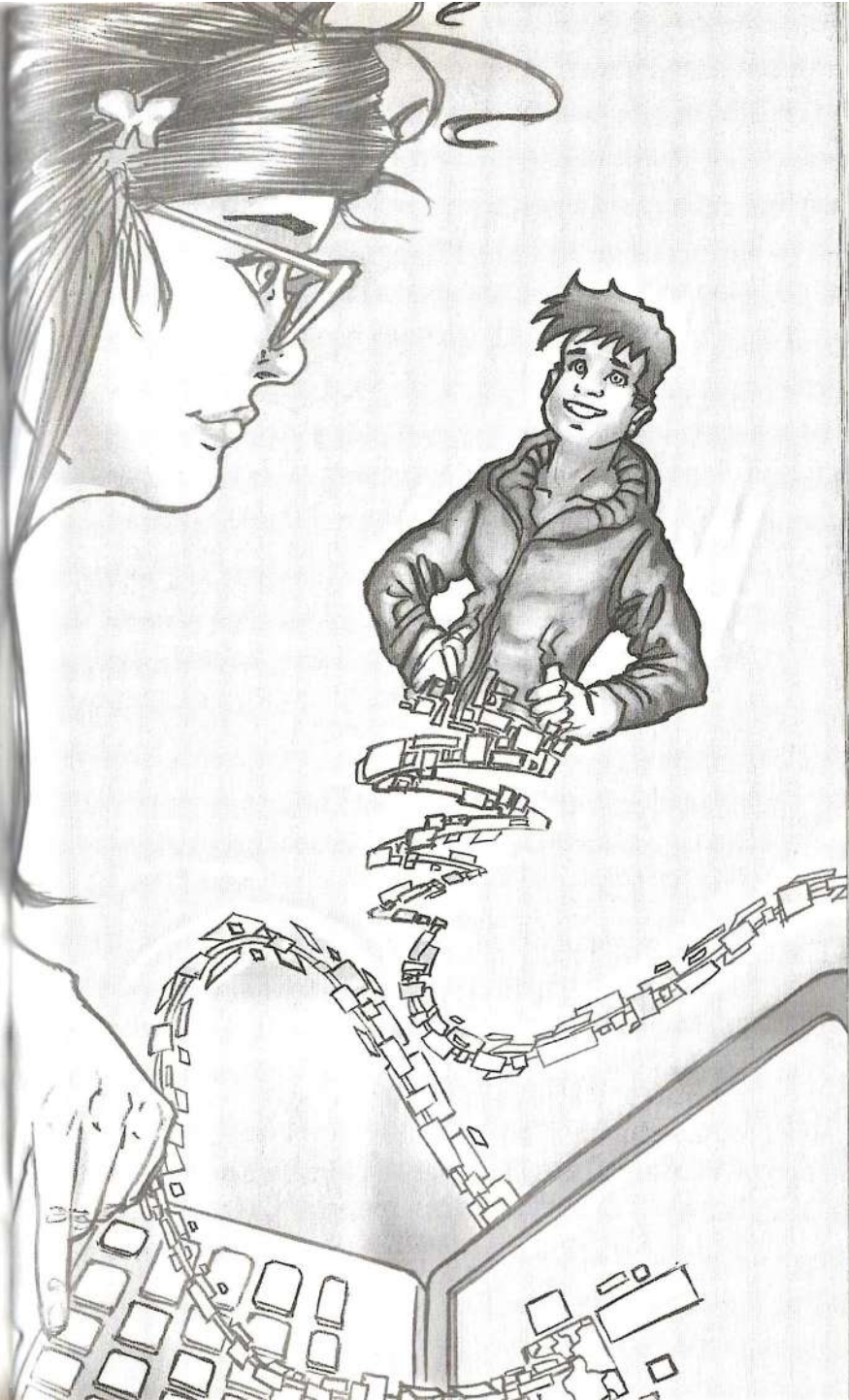
me acordé de que el gato-gallina seguía en mi despensa, lo había dejado hacía tres días sin alimentos. Corrimos hasta la cocina y buscamos en la despensa pensando lo peor. Estaba durmiendo en su cuna de almohadones, cacareando ronquidos que terminaban en maullido. Cuando se dio cuenta de que no lo alimentaba, decidió comerse todo lo que encontró en el lugar: tarros de conserva en mal estado olvidados por los dueños de la casa. Mi gato-gallina, al que comenzaba a apreciar, dormía semiinconsciente de tanta comida 'rancia engullida, con la panza emplumadamente inflada.

Después de lo ocurrido en el restaurante "Santoru", Blanquita tenía un presentimiento con respecto a su padre, por eso se atrevió a entrar en la memoria de los archivos del edificio NBX S.A. Me necesitaba porque yo podía viajar dentro del sistema. Inmediatamente, sentí un malestar en el estómago.

Llegamos a su dormitorio, junto al computador. Abajo la abuela cantaba una de sus rancheras preferidas que oía a través de un programa de radio donde un locutor hablaba como mexicano, exagerando el acento.

Preparamos todo otra vez. Me instalé el audífono en una oreja para comunicarme con Blanquita, que supervisaría mi bajada desde su computador.

—Estoy lista —dijo ella.



Después de una semana de inactividad, demoré diez minutos en pasar del color naranja al azul y transformarme en rayo de luz. Cuando entré en el canal que dirigía Blanquita, sentí, otra vez, esa velocidad increíble. Cerré los ojos como si estuviera arriba de una montaña rusa. La velocidad me llevaba hacia delante y me estiraba con sorpresivas vueltas que cambiaban de dirección. Comencé a marearme y a vomitar aire. Pero de pronto todo se detuvo. Levanté la vista y me encontré en lo que parecía ser un hospital. Vi un cuartito lleno de enfermos. Yo mismo estaba en una de esas camas, debajo de las sábanas. Alrededor se escuchaban quejidos. Me levanté y oí la voz de Blanquita en mi oreja:

—Estamos adentro del servidor del NBX S.A., donde está alojado el Domo Permanente. Los enfermos en las camas son programas en mal estado. Nada de eso existe así como lo ves, de modo que no debes sentir miedo; yo estoy aquí y puedo sacarte cuando quiera.

No sé qué podría hacerle pensar a Blanquita que eso me tranquilizaría. Me di cuenta de que yo mismo llevaba ropa de paciente de hospital. Busqué unos zapatos debajo de la cama y caminé hasta la puerta del pasillo. Antes de cruzarla apareció una enfermera. Nunca había visto a una tan gorda y con cara de fiera.

—A usted no le han dado el alta, así que vuelva a su cama inmediatamente —me ordenó.

Blanquita me aclaró el asunto. Las enfermeras eran utilitarios del programa que ayudaban a recomponer los archivos y a mí me habían confundido con uno. Como no teníamos tiempo, preferí el plan alternativo que consistía simplemente en huir de ahí. El pasillo parecía largo, interminable. A mis espaldas, la enfermera me seguía. Confiaba en que no me alcanzaría, pero estaba equivocado; a pesar de su enorme cuerpo, se movía con agilidad.

—Busca la puerta de salida que acabo de crear con mi nombre —dijo Blanquita en mi oído.

Corrí por el pasillo, pero en las puertas no distinguí nada. Cuando faltaba poco para que la enfermera me pusiera las manos encima, alcancé a ver una de las puertas con una placa metálica y el nombre "Blanquita". Entré sin pensarlo y cerré detrás de mí. Inmediatamente el paisaje cambió. Estaba a los pies de la torre inclinada de Pisa. Turistas japoneses tomaban fotografías y turistas alemanes bebían cerveza esperando emborracharse para ver la torre recta. Blanquita me dijo que solo era una celda provisoria; me había llevado a un programa creado por ella porque siempre quiso conocer Italia y la ciudad de Pisa.

Estaba segura de que un pedazo de memoria de su padre estaba escondido en ese programa creado por él y nos daría la clave para encontrarlo. Yo tenía que buscarlo, tal vez ahí había dejado instrucciones. Para eso debía bajar más celdas de acero en el programa. Esperé unos segundos para que Blanquita se concentrara. Desde una calle de Pisa apareció un ciclista con el pelo muy largo, se acercó a mí y me entregó una carta. La abrí y leí: "Universidad Tecnológica". Blanquita me pidió que buscara ese nombre. Miré hacia una plaza y encontré un camión con sus flancos escritos: "Universidad Tecnológica". Entré por la puerta del acoplado y otra vez la oscuridad me desconcertó. Cuando volteé, me encontré en medio de un auditorio repleto de alumnos, mientras un profesor impartía una clase. Blanquita me advirtió que estaba en una celda más profunda. Se trataba de la universidad donde trabajó su papá. El profesor que tenía adelante, de apellido Flores, era su amigo. Me recordó que todo lo que veía era simplemente parte de archivos y que nada ocurría en la realidad. Me sentí mareado, con ganas de volver a mi casa a ver películas. Esperé a que acabara la clase, y cuando los alumnos salieron del auditorio, me acerqué al profesor Flores.

—Vengo de parte de Blanquita Soler —le dije.

—¿La hija de Sebastián?

—La misma. Quería que me respondiera algunas preguntas.

—¿Eres un archivo distinto en el programa Domo Permanente?

Me han dicho de todo, pero nunca antes me llamaron "archivo". Lo dejé pasar. El profesor Flores me llevó a su casa. Estábamos en medio de un campus universitario, con edificios de ladrillos y estudiantes echados en el pasto tocando guitarra y cantando canciones de John Lennon, con un inglés de acento reprochable. Detrás de los edificios estaban las casas de los profesores. Entramos en una de ellas. Inmediatamente pasamos a un patio con una piscina. Ahí el profesor se relajó, se quitó la corbata y me ofreció un jugo de maracuyá. Le dije que aceptaba, aunque sabía que todo lo que me rodeaba solo era un invento programado. Un momento después, apareció una mujer muy joven cargando dos vasos con jugo. El profesor la presentó como su mujer. Sirvió y en seguida se retiró. Nos sentamos en dos reposeras, como si solo disfrutáramos de la tarde.

—Las instrucciones de Sebastián eran precisas: no puedo hablar con alguien extraño —me dijo rotundamente.

—Le acabo de explicar que vengo de parte de la hija, se trata de una emergencia. Blanquita cree que su papá está en problemas y con ello el mundo de los vivos.

—No entiendo.

Entonces escuché la voz de Blanquita en mi oído y la palabra "Chubita". La repetí sin entender nada.

—Chubita.

El profesor Flores pareció más pálido y se echó los lentes hacia atrás.

—Así llamaba yo a Blanquita, solo ella lo sabía —hizo una pausa nerviosa—. Pero de todas maneras, no puedo ayudarte.

—¿Por qué?

—Estoy bajo mucha presión.

—Pero si eres un archivo.

—Lo sé, pero no tengo autonomía. Desde que me casé, no puedo hablar.

Nuevamente escuché a Blanquita en mi oído:

—No te asustes, Eugenio, voy a paralizarlo todo.

No alcancé a protestar; todo lo que me rodeaba quedó inmovilizado, incluso yo mismo. La situación comenzó a irritarme. Blanquita, en mi oído, dijo que debía preguntarle algo importante a su abuela y regresaba en seguida. Pasaron dos o tres minutos en que la escena no cambió: ahí estaba el profesor Flores con su vaso de jugo llegando a sus labios, un pájaro volando en el cielo detenido en su aleteo y yo, sentado en la reposera, tratando de tener paciencia. Escuché a Blanquita regresar agitada:

—El profesor Flores nunca se casó, se lo pregunté a mi abuela que lo conocía muy bien. Hay algo que está mal. Será mejor que salgas de ahí.

La acción volvió. El profesor se llevó el vaso a su boca y el pájaro siguió su vuelo.

—No puedo hablar —insistió Flores.

No alcanzó a decir nada más. En la puerta de la casa apareció la mujer que nos había servido el jugo, llevaba bata de levantar y pantuflas, pero también una gran escopeta para cazar patos. El profesor saltó de la reposera:

—Cuidado —alcanzó a gritar. El primer disparo de la escopeta tronó como cañón de barco. Los perdigones rompieron un quitasol y desinflaron un flotador de plástico al lado de la piscina.

—Corre, Eugenio —dijo Blanquita en mi oído. Entonces pensé en lo que había escuchado hace un rato: "Yo tengo todo controlado desde aquí". Intenté salir por una de las puertas del cerco de madera. Al otro lado no había nada, solo un fondo azul intenso, sin comienzo ni final. Volví por un caminito lateral junto a la casa. Salté una reja y me encontré en la calle del campus otra vez. No alcancé a hacer ninguna pregunta. Detrás apareció la mujer con pantuflas, cargando la escopeta y disparando como si estuviéramos en la guerra. Los universitarios se levantaron del pasto y corrieron a esconderse. Yo también lo hice cuando

sentí muy cerca los perdigones. Entonces le dije a Blanquita:

—Se supone que esto no es real.

Escuché como ella tecleaba rápidamente y después me gritó:

—La mujer de la escopeta no es ningún programa o archivo.

—Entonces, ¿qué es?

Desde el otro lado escuché la palabra que no quería oír:

—Un gusto. Está infiltrado en el programa como tú.

Estaba demasiado nervioso y no tenía tiempo suficiente para concentrarme, transformarme en un rayo de luz y salir, así que corrí con todas mis fuerzas por el campus, siguiendo uno de los caminitos de piedra hasta la puerta de un gimnasio. Adentro encontré colchonetas en el piso y caballetes. Me escondí detrás de estos. Escuché los gritos de los universitarios afuera y los últimos cartuchos disparados por la mujer. Después volvió el silencio. Me doblé sin hacer ruido. De algo estaba seguro: de ahí no me sacaría nadie. Blanquita habló por el comunicador:

—Demetrio Suárez o alguno de sus cómplices intentan descubrir el secreto del programa para obtener la lista. Saben que mi papá es la única forma de conseguirla.

—Y a tu papá se llega a través de ti —agregué.

—Introdujeron un gusto en el programa, corrompieron los archivos y se apoderaron del profesor Flores, aunque parece que este no les ha dicho nada.

Me atreví entonces a sugerirle:

—¿Te parece si me sacas de aquí?, no me siento seguro con un gusto dando vueltas.

—Espera, Eugenio, estamos a punto de resolver todo esto. Imagínate, serás el héroe para CAEN, un ejemplo para los espíritus adolescentes como tú, un orgullo para Vadagaspov.

Trataba de convencerme de la peor forma. Y, como siempre, lo consiguió.

Mientras ella planeaba y como me sentía más seguro en ese gimnasio, me eché en una colchoneta a pensar, pero pensar en exceso me provoca sueño, así que no supe nada más.

Unos minutos después, que pudieron haber sido diez años, escuché, otra vez, la voz en mi oreja.

—Tengo algo. A mi papá le encantaban los acuarios.

—¿Y qué significa eso?

—En la universidad existía una Facultad de Biología que tenía uno; a él le gustaba ese lugar. Es lo único que se me ocurre por ahora. Puedes salir del gimnasio, comprobé que no hay nadie esperando. Te enviaré un mensaje para que te guíe al acuario.

Afuera todo era como antes: los mismos universitarios seguían cantando la misma canción en inglés, pasaban los mismos automóviles... Un heladero hacía su trabajo. De repente se acercó, me sonrió y dijo:

—¿Busca la Facultad de Biología? Siga esa dirección, doble a la derecha y luego a la izquierda; el edificio de piedra roja, esa es la facultad.

No le agradecí. Todos eran programas sin alma que no necesitaban agradecimientos. A cada rato miraba hacia atrás por si me encontraba con la gasta de la escopeta, pero el ambiente en el campus era de tranquilidad y paz.

Llegué al edificio, pero estaba cerrado. Escuché a Blanquita teclear con rapidez y las puertas se abrieron. Un letrero indicaba un pasillo y al final había un acuario que recorría las paredes de una pequeña galería.

—Busca los *pesiterium molerum* —dijo Blanquita.

Una cosa era que fuera un espíritu que no quería pasar a QEPD tan pronto y otra que fuera un experto en peces. Me indicó dónde estaban esos peccecitos de colores que daban vueltas sin sentido en una pecera gigante.

—¿Qué hago ahora? —pregunté.

—Háblales —respondió Blanquita muy seriamente.

No tenía ganas de protestar. Me conformaba con terminar pronto y salir rápidamente del Domo Permanente.

—Hola, *pesiterium mo...*, vengo de parte de Blanquita Soler, hija de Sebastián Soler, y queremos salvar al mundo de...

Por supuesto no ocurrió nada. Me sentí ridículo hablando con peces de colores. Hasta que uno de ellos se acercó al vidrio y habló con la boca llena de burbujas:

—Necesito pruebas. ¿Cómo sé que no es una trampa?

Blanquita me dictó lo que debía decir a continuación:

—Tuvimos esos peccecitos; a uno lo llamábamos Ortega y al otro, Gasset.

El pez abrió aún más sus ojos.

—Blanquita, soy tu papá —dijo el pez—. O sea, un archivo con la voz de tu padre. Si has llegado hasta aquí, significa que ambos estamos en problemas.

Otra vez Blanquita me obligó a repetir lo que decía por los audífonos:

—Necesito saber dónde te encuentras, es muy importante, los gustos planean atacar.

—Puedo entregarte una idea aproximada, soy solo una memoria sostenida y oculta entre estos peces —dijo el *pesiterium* con voz de Sebastián Soler.

—Menos cháchara y vamos a nuestro asunto —dije por mi cuenta al pececito.

—Supongo que estoy en el mismo lugar donde trabajo, me refiero al mismo nuevo lugar —agregó misteriosamente.

La voz burbujeante pronunció marcadamente “nuevo lugar”. Arriba Blanquita dijo:

—Entiendo.

Y yo dije:

—No entiendo.

En seguida, un ruido nos detuvo. En la puerta de la galería estaba otra vez la mujer con pantuflas y bata de levantar. Apuntaba con su escopeta. El primer disparo destruyó uno de los acuarios en la pared y el agua se derramó con fuerza por el piso. No fue necesario que nadie me lo sugiriera: corrí hacia adelante como si viera un espíritu, cosa que era efectiva. El siguiente disparo penetró en el acuario de los pobres *pesiterium*, que se escurrieron por el piso como si se los llevara un torrente. El gusto parecía furioso. Seguí corriendo por los largos pasillos de la facultad. Doblé erradamente y me encontré con una galería sin salida. Intenté atravesar por una de las puertas laterales, pero estaba cerrada. Escuché que Blanquita, desesperada, intentaba abrir la puerta con los comandos de su computador. Miré hacia atrás y ahí estaba la mujer con sus pantuflas mojadas cargando

la escopeta. Entonces no tuve más remedio; me revisé el bolsillo de la camisa. Con dos dedos extraje la pistola Venture 5009 que me entregó Vadagaspov la última vez que lo vi. Apunté. El gusto, pegajoso y furioso, sabía de armamentos, porque cuando vio la pistola en miniatura, abrió desmesuradamente los ojos. Disparé. El ruido pareció echar abajo las paredes. Caí al suelo. Cuando se disipó el humo alcancé a ver lo que quedaba del gusto, derretido y evaporado como mantequilla al fuego. Entonces me concentré. Me convertí en rayo de luz azul. El resto lo hizo Blanquita con su computador. Salí a una velocidad extraordinaria, doblando, subiendo y bajando, hasta que caí en el piso del dormitorio. Ella se acercó y me dijo:

—¿Estás bien?

No era una buena pregunta. Vomité o creí que vomitaba, porque por mi boca salió un feo olor a ultratumba que no se lo recomiendo a nadie.



Cuando salí del baño, Blanquita me miraba con una sonrisa estirada y forzada. Sentí un fuerte olor a laftaleno en el ambiente y creí lo peor. La habitación estaba llena de los comandos mancos que nos rescataron en el restaurante "Santoru", los mismos que en sus ratos libres tocaban en una orquesta. Víctor y Victoriano estaban al mando; vestían ropa de camuflaje que poco servía, porque todos eran invisibles para el mundo de los vivos, excepto para una médium adolescente como Blanquita o para los espíritus como yo. Víctor dijo con voz grave:

—Tienen que acompañarnos.

Estuve a un segundo de preguntar por qué, dónde y para qué, pero cerré la boca. Blanquita preguntó por mí:

—¿Adónde?

—Son las órdenes.

En la puerta de la casa nos esperaba el mismo colectivo manejado por un vivo. El chofer era extremadamente viejo y fumaba sin interesarse en sus pasajeros. Me saludó y

bromeando le pidió a Victoriano que le diera espacio para pasar la palanca de cambios. Íbamos más de quince espíritus apretados junto a Blanquita.

El colectivo bajó por Vicuña Mackenna, siguiendo la vía exterior del metro que corría arriba de grandes pilotes. Cuando llegamos a la última estación, el colectivo se detuvo. Víctor nos pidió que bajáramos la cabeza porque no debíamos enterarnos por dónde entraríamos. El colectivo bajó lentamente por algún acceso. Cuando nos permitieron abrir los ojos, estábamos en lo que parecía una estación de metro subterránea, pero sin nombre y a medio construir. Víctor habló:

—Es una estación oculta del metro que nunca se utilizó; nadie la conoce.

De inmediato, vimos llegar un tren de solo un vagón. Se detuvo al lado nuestro. Subimos y retrocedimos hacia el túnel. El viaje fue corto, apenas una estación. Cuando volvieron a abrir las puertas, estábamos en un amplio subterráneo cubierto de cámaras de vigilancia, pasillos muy iluminados y pisos brillantes. Víctor y Victoriano nos indicaron seguirlos. Nos cruzamos con espíritus, pero también con vivos que nos saludaban. Al final, los pasillos se dividían en oficinas y en un gran patio central bajo tierra, con una plaza artificial, una fuente y árboles. Entramos a una de las salas llenas de computa-

dores, con espíritus y reencarnados trabajando con dedicación en sus consolas. Un hombre de cotona blanca se acercó. Lo reconocí en seguida: era el profesor Flores, el mismo que había visto adentro del Domo Permanente.

—¿Qué hace aquí? —le dije sin medirme.

El profesor se rio y movió la cabeza.

—Debiste conocer a mi doble en el programa del Domo Permanente donde estuviste. Tú debes ser...

—Eugenio Praz.

—Te reconocí —dijo el profesor saludando luego a Blanquita—. Has crecido una enormidad.

—¿Usted no es un espíritu? —preguntó ella.

—No lo soy, soy un encarnado todavía. Muchos de nosotros, como tu padre, tenemos la particularidad de comunicarnos con el Inframundo, por eso decidimos trabajar para ellos.

—¿Dónde está mi papá?

—Todos lo buscamos. Les explicaré algunas cosas.

—Sí, porque lo que es yo, no entiendo nada —señalé.

—Este es el cuartel general del CAEN. Desde aquí trabajamos espíritus y vivos, vigilando lo que ocurre en el Inframundo y lo que puede afectar al mundo. Para eso tenemos una red alternativa a nivel mundial.

—Pero mi papá...

—Tu papá trabajaba en el edificio de la NBX, pero también en este lugar. Fue el encargado de diseñar el programa Domo Permanente que protegería la identidad del mundo de los espíritus. Bueno, hasta hoy la ha protegido muy bien porque ni siquiera nosotros hemos podido acceder a esa base de datos.

—La que Demetrio Suárez quiere tener —dijo.

—Él, particularmente, daría lo que fuera por tenerla, es cierto. Sebastián Soler desapareció hace dos años y no sabemos qué ocurrió con él.

—Sospecha que se pasó al otro bando —dijo Blanquita apretando los dientes.

—Claro que no. Yo soy amigo personal de Sebastián y sé que no haría algo así. Además, si los gustos tuvieran esa lista, hubieran hecho algo, pero hasta ahora nuestros reportes no dicen nada anormal en ambos mundos.

—¿Entonces?

El profesor Flores se paseó preocupado por la sala. Adelante tenía un gran mapamundi con lucecitas que indicaban importantes ciudades del mundo.

—Quiero que me seas sincera, Blanquita —continuó el profesor—. Nosotros, como tú, necesitamos encontrar a Sebastián lo antes posible, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Por qué?

—Nuestro servicio secreto de espionaje espiritual sospecha que se pretende atacar al Inframundo.

—Demetrio Suárez —dijo.

—No solo Suárez, sino algo peor. Suárez es un simple gusto que desea hacer el máximo de daño. Se trata de algo mayor, pero aún no hemos podido determinar su alcance. Suárez es parte del problema, pero no lo es todo. Estoy hablando de un ataque general, una guerra total.

—¿Una guerra?

—Por eso necesitamos estar seguros de que el programa Domo Permanente sea infranqueable para los gustos. Hasta ahora todos los ataques han fracasado y esperamos que así siga.

—¿Pero qué tenemos que ver nosotros en eso? —pregunté.

—El CAEN me ha pedido que les exija a ustedes dos no seguir investigando y menos entrando al Domo Permanente; no solo es peligroso, sino que puede atraer a sujetos peligrosos como Suárez.

—Buscábamos a mi papá —explicó desesperada Blanquita.

—Justamente, eso es lo que los gustos esperan. Si lo localizan, probablemente podrán encontrar la entrada al programa.

Blanquita ardió de rabia y dijo:

—No podemos quedarnos de manos cruzadas.

—Se los pedimos como un favor.

Entonces cambió de actitud, bajó los hombros y pidió mansamente:

—Podría, al menos, ver la oficina donde trabajaba mi papá.

Nos llevaron por un pasillo muy iluminado. La oficina de Sebastián Soler era pequeña. Desde su ventana se veía la sala grande con el mapamundi y un tercio de la plaza subterránea. Tenía un computador y una mesita llena de papeles. Sobre ella también había una fotografía de Blanquita y su padre, la misma que había visto antes: ella de la mano de él, ambos alegres y despreocupados. Se quedó mirándola con tristeza, sin decir nada, mientras Víctor y Victoriano nos vigilaban. Blanquita dio algunas vueltas por la estrecha habitación y de súbito comenzó a llorar sin consuelo. Se echó en la mesa, se cubrió la cara y no pudimos hacer nada más. Víctor y Victoriano se enternecieron y dejaron que llorara. Unos minutos después, tal como llegó, el llanto desapareció. Se limpió la cara y salimos de ahí en completo silencio.

En caso de emergencia, nos entregaron un número de teléfono especial para comunicarnos con el profesor Flores y con los comandos mancos si es que el peligro era mayor. El viaje de regreso lo hicimos en el mismo colectivo,

con el chofer viejo y silencioso que fumaba un cigarrillo tras otro. Le pregunté:

—¿Cómo estamos de salud?

El chofer me miró por el espejo retrovisor y señaló:

—¿Lo dice por los cigarrillos?

Asentí, arrepentido de haber preguntado. Dio una fuerte pitada y respondió:

—Gracias a los cigarrillos, llego a los cien años de edad la próxima semana.

A pesar de todo lo ocurrido, Blanquita insistió en que volviéramos a su computador por última vez. Bostecé, estiré las piernas y los brazos, pero ella no se dio por aludida. Entonces confesó que todo lo del llanto en el cuartel bajo tierra había sido una actuación, que mientras lo hacía logró introducir uno de sus disquetes en el computador de su padre. Ahora solo debía conectarse y podría entrar al disco duro del computador desde su habitación. Como actriz era bastante buena; le sugerí que quizás debía dejar el oficio de médium y presentarse en el próximo *casting* para una telenovela. Ella me hizo callar mientras sus dedos volaban en el teclado.

—No podré entrar al computador central del cuartel general del CAEN, pero sí a los archivos sueltos que leía mi papá antes de desaparecer.

—¿Y para qué podría servirnos eso? —pregunté aburrido.

Ni siquiera respondió. Tampoco fue necesario que lo hiciera porque cinco segundos

después me quedé dormido y soñé que me transformaba en un delfín, pero no en uno libre en alta mar, sino que en uno encerrado en un acuario de Miami.

Desperté igual que en anteriores ocasiones: sobresaltado. Otra vez estábamos en la calle. Caminaba tras Blanquita y todavía sentía a los niños de mi sueño tirar de mi aleta de delfín para darme de comer. No alcancé a preguntar qué ocurría. Subimos a un taxi. El chofer era un hombre simpático que hablaba demasiado y que le gustaba escuchar pasodobles españoles como si estuviéramos en una corrida de toros.

—¿Llevas la Venture 5009? —me preguntó Blanquita.

—Sí.

—¿Cómo dice, señorita? —preguntó el chofer que creía que le hablaban a él—. No hay como el verano en Santiago, no anda nadie en la calle, está todo vacío. Bueno, eso no es positivo para el negocio, pero hay más tranquilidad. Hasta la gente mala se va a la playa. Aquí quedamos solo la gente de trabajo, la gente tranquila. ¿Le gustan los pasodobles? Lo que pasa es que mi abuelo era torero, mejor dicho, era picador, que es parecido a torero...

Lo dejamos hablar.

Por fin llegamos al lugar. Pagamos y bajamos del taxi. Al frente teníamos un edificio antiguo y un letrero en la puerta: "Museo del

Aire y del Espacio". Adentro nos encontramos con aviones antiguos exhibidos en distintas salas.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté.

—Mi papá investigaba a Demetrio Suárez antes de que desapareciera. Suárez, de joven, antes de hacerse dueño de ese hotel donde mató a personas, era un aviador acrobático.

—¿Pero por qué buscamos a Demetrio Suárez? Se supone que tendríamos que alejarnos lo más posible de él. Además, acuérdate de lo que dijo el profesor Flores, que evitáramos meternos en este asunto.

En ese momento llegó un encargado del museo que nos saludó. En realidad solo saludó a Blanquita, porque a mí no me podía ver. Pareció interesarle el asunto de Suárez. Se acordaba perfectamente de que había un aviador reconocido, de que volaba viejos aviones de la Primera Guerra Mundial y sus piruetas eran muy atrevidas. Luego, el encargado nos mostró fotografías en blanco y negro en las paredes. En una de ellas se veía a Demetrio Suárez vivo. Sentí miedo y comencé a temblar sin poder controlarme. Blanquita me miró y tosió. En la fotografía aparecía él al lado de un aeroplano, sonriente y juvenil. Blanquita se interesó en un hangar del fondo de la fotografía.

—Ese hangar, el número 286, ¿todavía existe?

—Era el hangar del grupo de Suárez. Las pistas de aterrizaje desaparecieron casi todas. Este museo está instalado en esas pistas, pero casi todo el terreno fue vendido para hacer poblaciones. Precisamente, ese hangar se conserva detrás del museo, pero está abandonado, solo guardan cachureos y nada más.

Blanquita dio las gracias y salimos de museo.

Seguimos hacia la siguiente cuadra, rodeando el caserón del museo. El terreno era extenso, lleno de árboles, con un pequeño jardín delantero, pero hacia atrás se transformaba en maleza descuidada, en árboles viejos y agua estancada. Entre los árboles vimos la forma semicircular de un galpón de planchas de zinc. Era uno de los hangares de la antigua pista de aterrizaje, pero además, estaba seguro, escondía muchos problemas.

Fue fácil subir el cerco y ocultarnos entre la maleza de junquillos. Lo único que deseaba era que no oscureciera. Blanquita, en cambio, parecía entusiasmada. Sobre las latas del viejo hangar vimos el número 286 casi a punto de caer. En ese momento, una sombra cruzó por la entrada del hangar. Mi cuerpo entero se estremeció y casi cambia de color, de un pálido fresco a un pálido enfermo. Blanquita me tranquilizó. Extraje con cuidado la Venture 5009, apunté hacia adelante y avanzamos. Entramos

al hangar lleno de trastos. La más importante de las chatarras era un avión sin alas arrastrado hasta ese lugar, con el fuselaje abierto, como ballena varada. Detrás del fuselaje algo se movía. Miré hacia la puerta haciendo todo tipo de cálculos para asegurarme una huida digna. Entre cajones de madera vimos la pantalla iluminada de un moderno computador y un hombre que tecleaba. Cuando la luz del atardecer iluminó el lugar, observamos que un líquido viscoso se escurría por sus hombros y espalda y al abrir la boca una gelatina hedionda cayó al piso. No alcancé a decir nada; hipnotizada, Blanquita se levantó antes y le gritó al gusto:

—Tío Arnoldo.

El gusto se recogió asustado, dispuesto a lanzarnos sus luces mortíferas, pero se detuvo. Dejó, otra vez, caer una masa oscura de su boca y habló:

—Blanquita, eres tú.

—No te muevas, tío Arnoldo —dijo ella. Me indicó y aparecí en escena levantando la minipistola, que en realidad solo atemorizaba a quienes conocían su poder. Por suerte el tío Arnoldo lo conocía porque se aferró asustado contra la pared de zinc, lo que me tranquilizó.

—No le vas a disparar a tu tío Arnoldo —señaló con una vocecita amistosa pero falsa y volvió a vomitar el líquido negro.

—Nunca pensé encontrarte aquí —dijo Blanquita—. Debería dejar que te pasen a QEPD de una vez.

—No, no lo hagas —suplicó el gosto.

Blanquita me explicó que aquel gosto, antes de morir, fue amigo de su padre. El profesor Flores, el tío y Sebastián Soler eran amigos y colegas, por eso Blanquita lo conocía. Alguna vez los tres fueron muy unidos, trabajaron juntos durante muchos años.

—¿Por qué te convertiste en gosto?

Levantó las manos y carraspeó:

—Con tu papá y Flores trabajamos demasiado tiempo diseñando el Domo Permanente, solo para que él se llevara el crédito. Tuve mala suerte el día que me atropelló la camioneta y que pasé al Inframundo, pero ni siquiera aquí me quisieron dar crédito por los servicios prestados, así que me decidí a cambiar de bando.

—¿Y trabajar con Demetrio Suárez?

—Veo que estás bien informada.

—Mejor será que me respondas algunas preguntas importantes. Mi amigo espíritu tiene una Venture 5009 apuntándote, así que quiero respuestas. Primero: ¿dónde está mi papá?

—Si lo supiera no estaría aquí.

—¿En qué trabajas para Suárez?

—Digamos que me contrató para que navegara en el Domo Permanente; como ayudé a diseñarlo, lo conozco bien.

—¿Dónde está Demetrio Suárez?

—Si te lo dijera me pasarían rápidamente a QEPD.

—Eso es justo lo que pienso hacer en este momento. Eugenio, procede...

El gosto pareció derretirse y comenzó a temblar. Nunca había visto un gosto temblando, cosa que me alegró, pues no era el único de este lado de los espíritus con tembladera.

—Espera, espera, te lo digo todo, pero no dispaes... Este computador es de Suárez, con él estoy conectado a NBX S.A. y puedo entrar al Domo Permanente. De hecho, vi como tu amigo espíritu estuvo adentro.

—Por eso enviaste a alguien a detenerlo en las peceras de la facultad.

—Me lo ordenaron.

—Está bien. Solo quiero saber dónde se esconde Demetrio Suárez.

—Creí que lo sabías. En el lugar más seguro para un espíritu o un gosto: en el Domo Permanente.

Nos miramos. Ella me dio una señal y yo disparé. El disparo de hielo fue contundente y reventó la pantalla del computador y todo el

moderno equipo. El hielazo dejó un reguero frío. El tío Arnoldo se comprimió hecho un ovillo, creyendo que el próximo disparo le llegaría a él. Pero no ocurrió así. Cuando volvió a abrir los ojos, nosotros habíamos desaparecido del hangar 286.

Me prometió que sería la última vez. Al día siguiente, estábamos al frente del edificio de la NBX S.A. Bueno, en realidad no estaba frente al "verdadero" edificio NBX S.A., sino a uno virtual creado en el Domo Permanente después de convertirme en rayo de luz frente al computador de Blanquita. Escuchaba su voz a través de los audífonos y de fondo sus dedos tecleando. Estaba otra vez entre bits, archivos y programas.

Blanquita me indicó el camino hacia una plaza cercana. Allí todo parecía real, aunque el fondo del cielo era exageradamente azul. Esta vez, tendríamos que entrar por un lugar diferente. Encontré columpios, balancines y pequeños cilindros donde jugaban los niños. Me ordenó seguir por uno de los cilindros ubicado en el pasto. Me arrastré infantilmente, pero una vez adentro, la salida del cilindro cambió completamente. En el otro extremo encontré un comedor donde niños comían alegres, mientras varias monjas les servían el desayuno. Reparé en el tinte oscurecido de mi cuerpo siempre pálido, un efecto producido al navegar por la red

bajando las celdas de acero del programa. Según lo acordado con Blanquita, le hablé a una de las monjas.

—Busco a la madre Eulalia.

La monja me observó y preguntó:

—¿Te tomaste todo tu desayuno?

Le contesté que sí y me enviaron hacia un rincón de la cocina donde una monja pelaba papas y zanahorias.

—Vengo de parte de Blanquita Soler.

La monja se alegró.

—Supongo que sabrás que esto es parte de su memoria —dijo—. La diseñó su padre.

—Justamente, por eso estoy aquí.

—Echamos de menos a Blanquita, era tan alegre, le encantaba jugar en esta memoria suspendida, pero hace tiempo que no baja. ¿Por qué te envió a ti?

—Lo mismo me pregunto yo.

—¿Entonces no eres un programa?

Evité tener que contestar quién era realmente y fui directo al punto.

—Blanquita quiere bajar a una celda de acero más profunda del Domo Permanente.

—Pero eso es peligroso.

—Si usted la conoce, sabrá que ella siempre hace lo que quiere.

—No sé qué diría su padre si se enterara. Él nos dejó instrucciones precisas.

—¿A qué se refiere?

—Si necesitaba ayuda, debía acudir a nosotros.

Desde afuera, escuché la voz de Blanquita:

—Pregúntale cuándo fue la última vez que se comunicaron con mi papá.

La monja respondió:

—Hace quince días.

Es decir, aquel mensaje era uno de los últimos que había dejado. La monja continuó.

—Nos avisó que si su hija preguntaba por él, lo más probable es que se encontrara en peligro.

Escuché claramente cómo Blanquita, frente a su computador, se estremecía de inquietud. Sentí su nerviosismo. Le pregunté a la monja:

—¿Dónde lo podemos encontrar?

La monja no dejó de sonreír para contestar:

—Somos una memoria suspendida, no podemos saber lo que ocurre en el presente y en el mundo externo de este programa. Déjeme solo adivinar: creo que el mejor lugar es el Domo Permanente.

Blanquita tecleó con ímpetu. Me despedí de la monja y caminé fuera de los comedores. Escuché en mi oído:

—Debí pensarlo antes, la monja tiene razón, igual que tío Arnoldo. Hemos buscado en el lugar equivocado. Por eso no podemos encontrar a mi papá. Está allá adentro, igual como lo está Demetrio Suárez.

—¿Cómo es posible? No sabía que los vivos pudieran convertirse en rayos de luz para entrar hasta acá.

—No lo está como tú, pero está conectado. Lo ha estado siempre, así ha protegido el Domo Permanente. Sabe que Suárez ha ingresado.

—¿Qué hacemos ahora entonces?

—Vamos a empezar todo de nuevo... Abre el primer armario que encuentres en los pasillos.

En el pasillo de colegio de monjas me topé con una pequeña puerta que parecía un armario. Al entrar y cerrar la puerta, todo el cubo se estremeció y comenzamos a bajar.

—Bajamos más profundo en el programa, a una nueva celda de acero oculta en la raíz.

Mientras me hablaba, hacía mis propios conjeturas: entre más abajo, más difícil sería regresar.

El ascensor se detuvo. Al abrir la puerta estaba en la calle. Blanquita me ordenó subirme al taxi que me acababa de enviar. El taxi no llevaba conductor, pero a mí no me importó. A esas alturas, pocas cosas me podían importar. El taxi se movió y automáticamente se encendió la radio con una canción terrible: "Dale a tu cuerpo alegría, Macarena. Ay, Macarena". Moví la cabeza y dije:

—Gracias por la entretenición.

El taxi se fue por calles cercanas al río Mapocho o lo que representaba en ese programa el río Mapocho. Dobló por Independencia hacia el norte y me di cuenta de dónde estábamos. La impresión me enfrió más de lo que estaba desde que había muerto, de regreso a un lugar

que quería olvidar: al frente tenía el Hotel Alcalá, donde hacía un mes había llegado junto al viejo coronel. Allí vi por primera vez al peor de los gustos, Demetrio Suárez. Solo podía resignarme. Era un simple espíritu adolescente, perdido entre archivos y programas. Por lo menos la luz artificial de la calle hacía menos tenebroso el hotel que ocupaba el segundo piso. En la recepción, me encontré con el conserje, un hombre delgado y nervioso. Cuando quise preguntar, se adelantó y dijo:

—Habitación confortable, ducha, agua caliente, desayuno americano.

Volví a consultar:

—Perdone, busco al dueño del hotel, al señor Suárez.

El conserje respondió sin inmutarse:

—Habitación confortable, ducha, agua caliente, desayuno americano.

Blanquita me informó que era un archivo defectuoso. Indicó las llaves en la pared detrás del conserje. Me ordenó tomar la número 286. Recordé el número del hangar y me pareció una buena elección.

Subí por la escalera. Escuché por última vez:

—Habitación confortable, ducha, agua caliente, desayuno americano.

Mientras subía, sentí que podía controlar el miedo; quería terminar con todo eso de una vez. Además, me acordaba del viejo coronel

que había pasado injustamente por mi culpa a QEPD en ese lugar.

Busqué hasta encontrar la habitación 286. Abrí con la llave. La habitación estaba muy iluminada, sus paredes eran de un color blanco intenso. Me acerqué a la cama donde dormía alguien. Levanté con precaución mi pequeña, pero efectiva, Venture 5009. Cuando recorrí el cobertor, no fue necesario siquiera pensarlo o decirlo, porque antes escuché por los audífonos a Blanquita susurrar:

—Papá.

En ese momento, el reloj en el velador lanzó un pitido y el hombre de la cama se despertó. Al hacerlo, su rostro cambió completamente; aparecieron esos horribles bigotes y el cuerpo grande y fuerte de Demetrio Suárez. Se levantó en la cama y me sonrió después de vomitar agua negra y densa:

—Nos volvemos a encontrar.

Comencé a tiritar. La pistola en miniatura temblaba también en mis dedos. Me atreví a decir:

—Supongo que usted es el auténtico Demetrio Suárez y no un archivo de la memoria del programa.

—Supones muy bien. Demetrio Suárez, el de carne y huesos, claro que carne y huesos descompuestos.

Por el cuerpo le brotaron erupciones de líquido verde. Se rio, pero no como lo hacen

los malos en las películas, sino con una risa sin ganas que decepcionaba un poco. Blanquita me habló por el comunicador que llevaba en la oreja.

—Suárez quiso que lo buscáramos para que lo lleváramos donde mi papá.

—Es cierto lo que está diciendo tu amiga —afirmó Suárez creciendo de tamaño, flotando arriba de la cama—. Necesitaba a alguien que me guiara por este lugar que, para ser sincero, no me gusta nada. Aquí ni los gustos ni los espíritus asustamos a nadie. Es horrible.

—Dispara, Eugenio —escuché que me gritaban en el oído.

Demetrio Suárez pareció adivinar. Sacudió sus dedos y la Venture 5009 se me escapó de las manos y fue a pegar al techo, como si la atrajera una fuerza magnética. Me di cuenta de que tenía un problema, uno serio y grande. Me estreché contra la pared mientras el gusto crecía como un globo y extendía sus brazos. Sabía que si se convertía en rayo de luz roja, me podría atacar. No tenía salida. Blanquita, desesperada, tecleaba y dijo preocupada:

—Tienes que salir de allí. No sé qué hacer, no se me ocurre nada.

Le susurré con una risita nerviosa.

—Trata de que se te ocurra porque aquí las cosas no se ven bien.



De pronto, a mi espalda, la pared comenzó a cambiar de color, se dibujó un rectángulo y en seguida los bordes parecieron más oscuros. En el centro apareció dibujada una manija. Dejé mi mano allí y la puerta dibujada se abrió. Salté hacia adentro justo cuando Demetrio se lanzaba sobre mí. El pasillo era oscuro, pero había una salida al otro lado. Corrí con todas mis fuerzas, sintiendo un olor agradable al final del túnel. Apareció el paisaje de una playa, la misma donde había estado, por primera vez, buscando a Sebastián Soler. Avancé por la arena, siguiendo a los mismos trotadores de la vez anterior. Vi los mismos pájaros volando por el cielo, el mar brillante, el fuerte y exquisito olor a mar y la casa de vacaciones de los Soler en medio de las dunas de arena.

—Corre a la casa —escuché por el comunicador.

Miré hacia atrás y vi a Demetrio Suárez enfurecido persiguiéndome. Entré a la casa. Subí hasta el desván donde Soler tenía su escritorio y sus libros. Cerré la puerta desesperado para darme tiempo mientras Blanquita me ordenaba revisar los cajones laterales del escritorio. Busqué a toda prisa sin saber lo que buscaba. Escuché los pasos del gordo que subía la escalera gruñendo de rabia. Abrí el último de los cajones.

La puerta de la habitación se vino abajo con el peso de Suárez, que enloquecido se agrandó convertido en una montaña de luz dispuesta a caer sobre mí. Pero entonces sus ojos se abrieron, se detuvo y su mirada se congeló. En mis dedos tenía otra Venture 5009 que acababa de encontrar en el cajón del escritorio. Alcanzó a ver cómo el latigazo de hielo disparado por la minipistola comenzaba a salir por el cañón, junto a un sonido de trueno. El hielazo le dio en el centro del pecho y lo hizo caer hacia atrás. Cuando intentó levantarse, disparé por segunda vez: el hielo seco se le hundió en la cabeza. En seguida su cuerpo se hinchó y reventó, dejando las paredes sucias y un olor que ni la tumba de Ramsés II tuvo nunca. La pistola humeó en mi mano con un vapor recalentado. Entonces me di cuenta de que no temblaba; al contrario, estaba de pie, detrás del escritorio, con las manos firmes, las piernas rectas. Resoplé con fuerza y me dejé caer en la silla.

—Gracias, Blanquita, si no hubiera sido por ti...

Entonces sentí la voz quebrada de ella del otro lado:

—No fui yo, Eugenio. Yo no pude hacer nada. Alguien más estuvo en línea con nosotros. Alguien que pudo diseñarte una

puerta de escape y que dejó esa pistola en el escritorio.

—¿Quieres decir que tú no lo hiciste?

—Debió ser mi papá. Solo él puede reescribir sobre su programa. Él debió dejar la pistola en el escritorio.

—Blanquita, ¿te pido un favor?

—Lo que quieras.

—Sácame de aquí.

Esa noche regresé a mi casa en Bilbao con Pedro de Valdivia, como debe regresar un padre de familia después de una jornada de trabajo: feliz por las horas ocupadas ayudando al prójimo, por el dinero obtenido para pagar deudas y cuentas, y, principalmente, con la conciencia del deber cumplido. Me fui a la cama y mi cuerpo semitransparente tuvo el descanso que se merecía. Soñé que era otra vez un delfín, o tal vez una ballena, que era capturado y llevado a un acuario en Miami y luego liberado por Blanquita, una especie de ecologista y protectora de animales. En fin, dormí muy bien esa noche, tan bien que desperté tres días y medio después.

Así se acabó ese verano, el más movido que había tenido en los últimos ciento cuarenta y cinco años.

Nos deshicimos de Demetrio Suárez, el peor de los gostos, y salvamos el Inframundo, mi mundo, aunque fuera momentáneamente. Recibimos las felicitaciones del CAEN y la reconsideración de mi caso. Eso me permitiría

una cierta tranquilidad y volver a lo de siempre; es decir, a no hacer nada, a mirar películas en el cable, a reírme de mi vecino el señor Neumman y a hacer bromas de espíritus. Y también a dormir todo el día, porque para eso es la eternidad, para qué otra cosa.

Y por último, le prometí a Blanquita que encontraríamos a su papá perdido, que volveríamos a cazar gustos y salvaríamos al mundo, el de los vivos y el de los muertos.

+ 9 años



Eugenio Praz llevaba una apacible **vida de fantasma** hasta que alguien llegó a arruinarlo todo con las **responsabilidades**. Ahora Praz deberá convertirse en **cazador de gustos** si quiere permanecer en el Inframundo. Para cumplir su misión, se aliará con su **amiga médium**, Blanquita Soler.

Sergio Gómez es un premiado escritor de Temuco. Ha escrito una gran cantidad de novelas y en SM publicó la saga del detective juvenil **Quique Hache, Yo, simio y Cuarto A**. Además, ganó en dos ocasiones el Premio El Barco de Vapor con **El canario polaco** y **Los increíbles poderes del señor Tanaka**.

169167

ISBN: 978-956-349-864-6



MISTERIO



FANTASÍA



AMISTAD